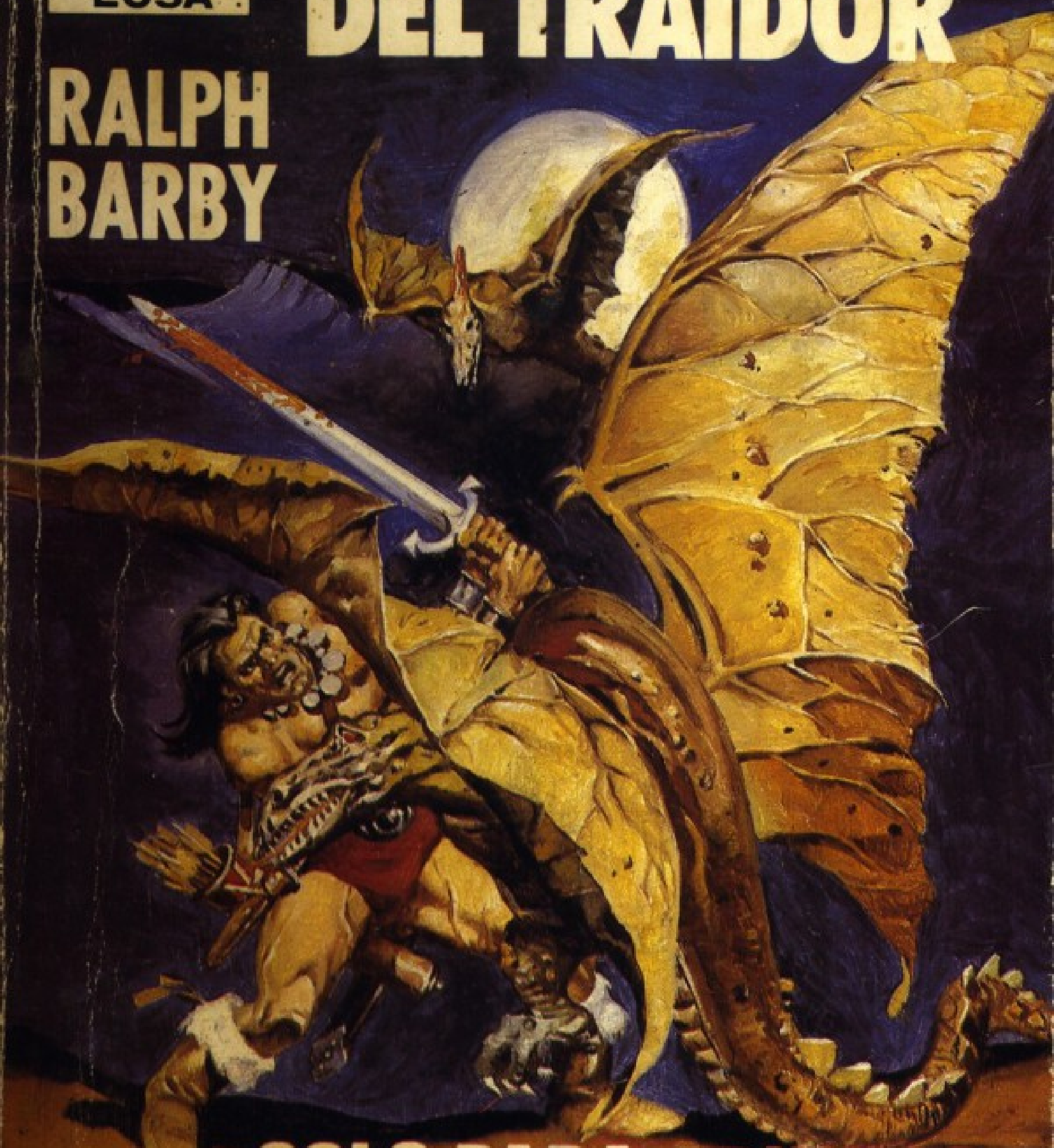
héroes del ESPACIO

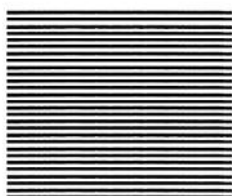
NOVELAS ECSA

LA TRANS-MUTACION DEL TRAIDOR

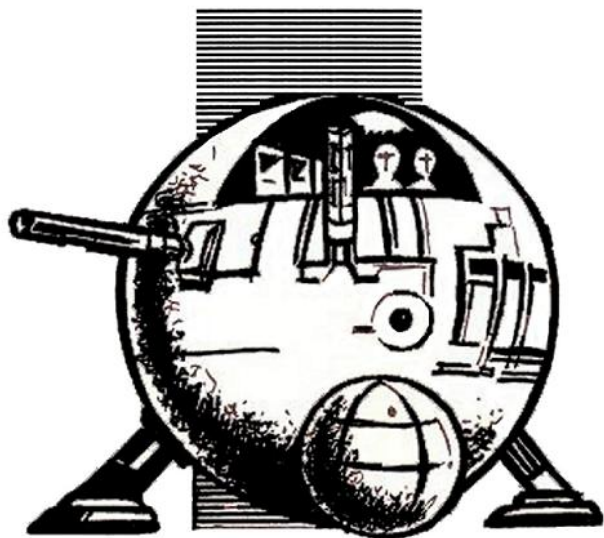
RALPH BARBY



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

RALPH BARBY

LA TRANSMUTACION DEL TRAIDOR

Colección
HEROES DEL ESPACIO Nº 38
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S.A.
AGRAMUNT, 8 – BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56 7
Depósito legal: B. 35.94 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª. edición: enero 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 6

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

33— *¡Destruyan la Tierra!* - Eric Sorenssen.

34— *Prisión espacial* - Joseph Berna.

35— *Orbita mortal* - Law Space.

36— *La nave del espacio* - Curtís Garland.

37— El coleccionista de seres - Joseph Berna.

CAPITULO PRIMERO

—Bio-T, Bio-T... ¿Dónde estás? —llamó la voz de Robert Zel.

—Ocupado, ocupado —respondió el robot mecano-electrobiónico.

La respuesta le llegó a través del microrreceptor que el hombre llevaba incorporado en su muñeca, junto con el reloj y otros medidores, ocupando todo ello muy poco espacio, tan poco que no molestaba en absoluto.

—¿Ocupado, dónde?

—Ocupado, ocupado.

—Pero ¿dónde? ¡Puñetas!

—Control de TTV —respondió al fin la voz de bocina del robot.

Robert Zel subió en la plataforma elevadora hasta el puente de mando de su cosmonave, posada en el astropuerto del planeta Kwong.

El planeta Kwong había sido descubierto por los pioneros terrícolas del cosmos y tenía muchas posibilidades de vida.

La Confederación Terrícola había realizado una ingente labor para adaptar aquel planeta. Decenas de bombas termonucleares de gran potencia habían sido utilizadas para deshelar los océanos y se distribuyeron centenares de pequeñas factorías automáticas por toda la faz del nuevo planeta para fabricar oxígeno, nitrógeno y ozono puro para crear una atmósfera.

Millones de hectáreas fueron sembradas desde el aire

y la vegetación había comentado a surgir en un mundo que antes estaba muerto, pero que el hombre terrícola, con su ciencia y su avanzada tecnología, había conseguido hacer vivir de una forma acelerada, eludiendo el lentísimo paso de la evolución natural.

Ya las plantas de fotosíntesis crecían y se reproducían y ellas mismas se convertían en microfactorías naturales productoras de oxígeno.

Kwong era un planeta nuevo, sin contaminar, en el que la Confederación Terrícola tenía depositadas grandes esperanzas como futuro albergue de una buena parte de su población.

Era una conquista en el espacio sin atentar contra nadie, sin arrebatar nada a ningún ser inteligente de ninguna otra especie, una conquista a través de la ciencia y el trabajo, de la cual la

Confederación Terrícola podía sentirse plenamente orgullosa; aunque los esfuerzos aún habrían de ser muchos para transformar el planeta Kwong en el auténtico paraíso que todos deseaban.

Robert Zel quedó perplejo al ver a su robot Bio-T mirando embelesado la pantalla gigante de TTV, que ofrecía la más perfecta de las visiones, a todo color y en tres dimensiones.

El espectáculo que podía contemplarse en la pantalla era magnífico; el Ballet Femenino de las Vestales actuaba en una de sus más bellas danzas de expresión total.

Las mujeres, todas ellas un prodigio de hermosura, eran excepcionales.

Ni un átomo de grasa superflua en sus cuerpos pletóricos de curvas sensuales, cuerpos que danzaban con una absoluta pureza de ritmo. Con cada movimiento, expresaban todo lo que la danza les obligaba a sentir.

Eran mujeres elegidas de las mejores escuelas de cada una de las colonias terrícolas dispersas por el cosmos hasta donde había llegado la conquista de los terrícolas.

Sin duda alguna, decenas de millares de cosmonautas estarían contemplando aquellas mismas imágenes que el robot Bio-T parecía absorber con auténtico deleite.

Unos las verían simplemente por el arte de la danza, pero muchos otros deseando con fuerza a aquellas mujeres que no podían alcanzar con sus manos, con sus labios, con todo el deseo que llevaban dentro, deseo que sólo podían satisfacer en sus respectivas imaginaciones.

Cualquiera de los cosmonautas esparcidos por el cosmos habría dado todo lo que poseía por tener a su lado a una de aquellas bellezas que, en ocasiones, en primeros planos, semejaban suplicar amor, semejaban besar a quien tenían delante con pupilas ardientes de pasión.

—Por todos los meteoros del cosmos, Bio-T.., ¿Qué estás haciendo aquí? —gruñó Zel.

—Controlando la TTV, controlando la TTV —repitió monótono, sin apartar su ojo electrónico de la pantalla.

—Bio-T, eres un caliente. No sé qué clase de elementos biónicos te han metido dentro de esa cabezota de cristal que cuando ves a una mujer te pones que echas chispas.

—Positivo, positivo —repitió el robot sin alterar su posición, sin hacer caso a su amo el cosmonauta Robert Zel—. Son hembras anatómicamente perfectas, son hembras anatómicamente perfectas.

—No hace falta que lo jures. Ahora te vas a la sala de motores y comprobarás todos los medidores locales. ¡Obedece!

—Orden recibida, orden recibida —repitió el robot.

Dio media vuelta y se alejó hacia la puerta; sin embargo, antes de cruzar el umbral, volvió su ojo electrónico hacia la pantalla para verla por última vez.

—¡Obedece, Bio-T!

—Orden recibida, orden recibida...

El robot se alejó y por su aspecto, cualquier mal observador se daría cuenta de que estaba malhumorado, si es que ello era posible en un androide mecano-electrobiónico como él.

—La verdad es que esas chicas están de rechupete —suspiró Robert Zel, aposentándose cómodamente en su butaca anatómica—. A veces me pregunto qué haría Bio-T si se encontrara a solas, completamente a solas, con una de esas beldades. Uf, mejor no pensarlo, tendría que desactivarlo y convertirlo en chatarra y es muy valioso para mí; lo que no entiendo es cómo diablos ha salido con ese defecto de gustarle tanto las mujeres. Que yo sepa, eso no ha ocurrido jamás en robot alguno.

Piiiiit...

Desvió su mirada hacia el panel de telecomunicación que tenía a su derecha y pulsó un botón azul. Le llamaban por la línea reservada con telecomunicación directa mediante láser infrarrojos, por lo que no cabía pensar que tal llamada pudiera ser interceptada por nadie.

—Aquí Robert Zel. ¿Quién llama?

—Zel, le habla el presidente Bennet.

Zel había reconocido la voz, no cabía dudar de ella. Era el presidente de la junta de gobierno que cuidaba de que la colonia terrícola en el planeta Kwong funcionara bien, sin problemas.

Las mismísimas tropas milicianas estaban bajo las órdenes de aquella junta de gobierno que dependía directamente del gobierno central de la Confederación Terrícola.

Los dos miembros más importantes de las fuerzas milicianas en el área cósmica en que se hallaba el planeta Kwong, formaban parte de dicha junta y uno de estos generales milicianos ostentaba, además,

la jefatura absoluta de la policía que no sólo actuaba en el planeta Kwong sino en sus tres lunas y los siete planetas más próximos, planetas sin vida de los que se extraían minerales, siempre en condiciones particularmente penosas y adversas.

—Le escucho, presidente.

—Acuda de inmediato a la luna K-3.

—¿Que yo acuda a la luna K-3 ahora mismo? —repitió Robert Zel, sorprendido.

—Sí, ahora mismo, es muy urgente.

—¿Qué es lo que pasa?

—Ya se lo contarán.

—Oiga, presidente Bennet, tengo la cosmonave en revisión y mis tripulantes andan de ocio y bien merecido.

—Llámelos, es una urgencia.

—¿Y si no los encuentro?

—Búsquese a otros, pero acuda en seguida a la luna K-3.

—Demonios cósmicos —rezongó Robert para sí—. Si tiene tanta prisa es que algo malo ocurre, algo que me gustaría saber.

El presidente Bennet había cortado ya la comunicación, la orden estaba dada.

Robert Zel miró la pantalla donde las danzarinas del Ballet de las Vestales seguían evolucionando como si estuvieran al alcance de su mano.

Cada uno de sus movimientos era una provocación, no en vano eran las mujeres más bellas, más aptas para el ballet seleccionadas entre todas las colonias del planeta Tierra.

Ellas mismas se sentían orgullosas de su perfección y la exhibían, conocedoras de los sentimientos que despertaban.

Era lógico que al terminar aquellos espectáculos tan plásticos y artísticos pero a la vez tan sensuales, todos los hombres terrícolas que las habían visto se sintieran hipersensualizados y si tenían mujeres cerca, lo que habría de suceder en los minutos inmediatos sería lo más lógico y a la vez más agradable, máxime cuando lo que se pretendía era que la población terrícola aumentara en las nuevas colonias.

—Bio-T, ¿me oyes?

—Bio-T a la escucha, Bio-T a la escucha —respondió el robot, y Robert Zel hubiera jurado que había malhumor en aquella voz de

bocina que debía ser impersonal.

—¿Sabes dónde están Francesc y Vittorio?

—Negativo, capitán.

—Está bien, sigue con tu trabajo.

—Orden recibida, orden recibida.

Cortó la comunicación mientras gruñía:

—Seguro que preferiría estar aquí viendo a las chicas…

El Ballet de las Vestales era el orgullo y deseo de todos los terrícolas que se hallaban alejados de su planeta madre, especialmente de los pioneros, colonos, científicos, mineros y cosmonautas en general que laboraban en el área del planeta Kwong.

Robert Zel pulsó varias teclas hasta que, respondiendo a su llamada, en la pequeña pantalla del televideófono pudo ver la cara redondeada y de cabellos rubios de su compañero.

—¿Me llamas? —preguntó el propio Francesc.

—Tienes cinco minutos para llegar a la Gatzara-73.

—¿Cinco minutos, dices?

—Sí, ni uno más.

—No te jo… Oye, Robert, estoy aquí, en la…

—Me lo imagino, en la cama. No hagas que se ponga ella en pantalla, que ya ando un poco subido de temperatura.

—Cariño, ¿hablan de mí? —preguntó una voz femenina muy aguda que partió del mismo lugar en que se hallaba Francesc telecomunicándose con el videófono.

Este se volvió de lado y le pidió:

—Cállate, maúllas más que una gata.

—¿Caliente o fría, cariño?

—Cuatro minutos y medio, es misión urgente —puntualizó Robert Zel dando por terminada la telecomunicación, no queriendo oír más ni, por supuesto, ver a la acompañante del rubio Francesc.

Para llamar a Vittorio, en vez de la telecomunicación de la cosmonave Gatzara-73, utilizó el pequeño telecomunicador que llevaba en su muñeca, junto con el reloj y otros medidores.

—Vittorio, ¿me oyes?

Tardó en responder pero al final se escuchó la voz del interpelado, una voz que no sonaba precisamente normal.

—Sí, ¿qué pasa?

—Ven de inmediato a la Gatzara-73.
—¿Urgente?
—Sí. ¿Qué pasa, te ahogas?
—Es que estaba practicando inmersión en el lago de las aguas cálidas y cuando he oído el pitido he salido a la superficie.
—Recoge tus cosas y ven, es urgente.
—¿Qué ocurre? Estamos en período de ocio.
—El ocio se ha ido al diablo, ven rápido.
—De acuerdo, voy en seguida, pero te juro que me revienta. Estaba contemplando…
—No me importa lo que estuvieras viendo, vente de inmediato. Yo ya voy probando motores.
—¿Es que partimos?
— Sí —fue la respuesta contundente de Robert Zel, comandante de la nave Gatzara-73—. Bio-T…
—Bio-T a la escucha, Bio-T a la escucha —respondió el robot.
—Te he grabado parte del espectáculo del ballet de las vestales.
—Positivo, positivo —respondió el singular robot de actitudes tan peculiares, quizá retocado por el ingenio y las manos del propio Robert Zel, que lo había adaptado para las misiones que debía desempeñar en la cosmonave Gatzara-73.
—Controla todos los medidores de la sala de motores, Bio-T, voy a probarlos.
—No están revisados, no están revisados.
—Ya lo sé, Bio-T, pero se trata de una emergencia.
—Cincuenta por ciento menos de fiabilidad, cincuenta por ciento menos de fiabilidad —repitió la voz de bocina del robot.
—Ya lo sé, Bio-T, pero se trata de una emergencia, tarra y cristal que el comandante de la nave soy yo?
—Afirmativo, afirmativo.
—Vete al… Bueno, sigue con tu trabajo.
—Afirmativo, afirmativo.
Francesc y Vittorio regresaron a la cosmonave Gatzara-73 a bordo de sus veloces *atom-hovercraft.*
La noche estaba estrellada, el firmamento se veía plagado de puntos luminosos. Dos lunas relucían, pero una de ellas, la tercera, no estaba visible en aquellos momentos y precisamente era la K-3.
Francesc y Vittorio se personaron en la cabina de mando

mientras Robert Zel, desde su panel de controles, cerraba por control remoto todas las puertas, dejando la cosmonave dividida en compartimientos estancos, tal como era normativo en un despegue.

—¿Qué es lo que sucede…? —preguntó Vittorio, un hombre alegre por lo general, cuellicorto y ancho de espaldas, poseedor de una fuerza singular que, a poco que se le presentara la ocasión, se complacía de demostrar, máxime si había mujeres cerca.

—Ni yo mismo lo sé, hemos de partir hacia la luna K-3.

—Bueno, es un viaje corto. Temí que tuviéramos que hacer un viaje interestelar —dijo Francesc.

—Sujetaos los atalajes, despegamos.

No hubo tiempo para más charlas.

La Gatzara-73 proyectó su chorro ígneo por las toberas de popa y para evitar un gasto innecesario de energía, escogió el camino de la macro-rampa lanzadora.

Ya dentro de la rampa, la cosmonave cogió velocidad de despegue. Ascendió por el camino que trepaba por una larga colina y saltó al aire ya con el doble de la velocidad necesaria para despegar del planeta Kwong.

Cruzar su atmósfera aun escasamente densa fue cosa fácil y, ya en el espacio, pusieron rumbo a la luna K-3 que se hallaba a una distancia aproximada de medio millón de kilómetros, una distancia muy corta para las posibilidades de vuelo que poseía la cosmonave interestelar Gatzara-73.

La K-3 era la luna más alejada y mayor del planeta y al mismo tiempo la que tenía mayores posibilidades para la extracción de minerales, pero carecía totalmente de elementos que pudieran transformarse fácilmente en agua.

Cruzaron las órbitas de los satélites artificiales que servían para observaciones del planeta Kwong y, asimismo, facilitaban las telecomunicaciones.

Rebasaron también las órbitas de las lunas naturales K-l y K-2, y llegaron con facilidad a la luna K-3.

No se colocaron en su órbita, sino que descendieron en el área considerada como astropuerto, porque estaba muy lejos de poseer las completas instalaciones que sí tenía el astropuerto del planeta Kwong.

Allí había muy pocas cosmonaves, comparativamente con las

estacionadas en el astropuerto del planeta Kwong, donde había una extensa zona para las cosmonaves milicianas y también para las civiles de línea, las de transporte y las cosmonaves aventureras que eran las que más abundaban.

Los aventureros del espacio buscaban la riqueza allá donde creyeran poder encontrarla, como tantos y tantos hombres del planeta Tierra habían hecho a lo largo de los milenios, según sus posibilidades y medios de traslación.

—Ya estamos aquí, y ahora, ¿qué? —preguntó Francesc.

—Atención, atención, centro de control de luna K-3 llamando al comandante de la cosmonave Gatzara-73. Atención, llamando al comandante Robert Zel...

—El comandante Zel responde, comandante Zel responde.

—Un vehículo se acercará a recogerle de inmediato. Esté preparado, orden PTS.01, repito, orden PTS.01.

Francesc y Vittorio observaron interrogantes a Zel.

El primero comentó:

—La orden PTS.01 significa alto secreto con primacía superespecial. ¿Qué habrá pasado?

—Lo ignoro.

Con el traje de supervivencia espacial, ya que ni en la luna K-3 ni en las otras dos lunas que poseía el planeta Kwong había atmósfera para poder respirar y al mismo tiempo debían mitigar las radiaciones de la estrella-sol del sistema, que era un diez por ciento más activa que el Sol terrestre, Robert Zel bajó la rampa de descenso.

Dos milicianos con graduación de teniente y sargento, respectivamente, pasaron a recogerlo en un vehículo. Robert Zel subió a él y se dejó conducir a un paradero desconocido para él.

¿Cuál sería el secreto que hacía que el presidente de la junta gubernativa de las colonias terrícolas en el sistema Kwong y los milicianos que allí estaban tomaran tantas precauciones? Pronto lo averiguaría.

CAPITULO II

El vehículo conducido por los dos milicianos cosmonautas no se dirigió a la colonia metropolitana, construida en uno de los cráteres más profundos y seguros que poseía la luna K-3, un cráter con paredes de durísimo basalto que permitían pensar que no habría derrumbes.

El vehículo se alejó hacia el vasto desierto helado, un océano de hielo carbónico.

El frío, en millones de kilómetros cuadrados, era terrorífico, infernal, si es que podía aplicarse este calificativo a algo horroroso pero no cálido.

El vehículo se detuvo y el teniente conductor abrió por control remoto una gran trampa disimulada en el hielo y que dejaba al descubierto un túnel descendente.

Se introdujeron en el túnel iluminándose con el monofaro.

La blancura de paredes, techo y suelo era absoluta y sus destellos, cegadores.

Cruzaron dos compuertas más de seguridad circulando siempre por el túnel en sentido descendente, hasta llegar a una amplia sala con paredes metálicas.

Allí había estacionados varios vehículos *atom-hovercraft* y otros polivalentes, capaces de llegar al planeta Kwong sin problemas, pero su radio de acción no habría de superar el millón de kilómetros espaciales, por lo que no podían compararse con una gran cosmonave como la Gatzara-73.

Los tres hombres descendieron en una gran sala donde había varios individuos equipados con trajes de supervivencia.

Después, pasaron a una cámara de unos diez metros cuadrados para despresurización o presurización, según se pretendiera entrar o salir del recinto.

Aguardaron a que la atmósfera les envolviera y cuando las bombas inyectoras de aire se cerraron automáticamente tras conseguir los setecientos setenta y cinco milímetros de presión, se abrió la compuerta que les facilitó el paso a un corredor donde ya había hombres y mujeres sin trajes de supervivencia.

El recinto estaba adaptado a las condiciones precisas para la vida

terrícola.

—Pueden desprenderse del traje —le dijo el teniente.

—Sí, será mucho más cómodo —aceptó Zel, entrando en el vestuario donde había amplias taquillas metálicas con placas numeradas.

Una vez se hubo desprendido del traje de supervivencia, se sintió mucho más ligero.

Los dos milicianos no habían hecho lo propio y junto a ellos se encontró con una espléndida mujer de ojos críticos y un gesto de seguridad aplastante.

Robert Zel comprendió de inmediato que si tenía que tratar mucho con aquella belleza, seguro que tendría infinidad de roces, pues la mezcla de arrogancia y soberbia que se deducía por su actitud, no era más que recelo ante un posible machismo por parte del hombre.

—Comandante Zel, la doctora Aurea Xeixa —presentó el teniente.

Para hacer una gracia, Zel inquirió:

—¿Doctora en ginecología?

Notó que a la mujer se le sonrojaban las mejillas. Zel comprendió que había dado su primer resbalón; por lo visto, ella no tenía mucho sentido del humor.

—Doctora en ciencias parapsicológicas, especialista en telepatía.

—¿Especialista en telepatía? —repitió, poniendo cara de asombro.

—Me habían hablado de usted, comandante Zel.

—Y ahora, ¿debo preguntar si bien o mal? —respondió en tono cínico.

—Sígame.

—De acuerdo, parece que no tiene muchas ganas de rollo.

Aurea Xeixa le miró de reojo y echó a andar delante de él.

Notó que Zel se retrasaba un par de metros y al volverse para mirarle como invitándole a que se pusiera a su altura, se dio cuenta de que el hombre estaba muy interesado en su forma de caminar.

Miraba sin disimulos las ondulaciones de sus nalgas, sus hermosas y tersas piernas que asomaban por debajo del blusón largo y recio, ajustado con un ancho cinturón.

Aurea Xeixa se puso un poco nerviosa.

—¿No ha visto nunca a una mujer? —preguntó, deteniéndose.

—Oh, sí, claro que sí, pero mi capacidad de asombro es siempre ilimitada.

—¿Asombro? ¿Acaso soy un monstruo?

—No, creo que no, pero en otro momento quizá pueda juzgar con mayor conocimiento de causa.

—Es usted un cínico, comandante Zel.

—¿No se lo habían advertido?

—Vamos, nos esperan.

Le condujo a un laboratorio que parecía haber sido convertido en sala de disección.

Un miliciano custodiaba la puerta, bien armado para no dejar entrar a nadie que no llevara las credenciales adecuadas.

Allí estaban el presidente Bennet, dos generales y cuatro científicos.

Sobre la mesa de inalterable acero pulidísimo yacía un extraño cuerpo con innumerables ramificaciones. Recordaba a una anémona marina grande, de color rojo amoratado.

Lo que podía considerarse el núcleo redondeado o cabeza, tendría un volumen superior a cuatro cabezas humano-terrícolas y el resto eran tentáculos largos y delgados como raíces y en una cantidad superior a varias docenas.

—¿Qué es este bicho? No me digan que lo han pescado bajo los hielos carbónicos.

Todos le miraron.

Uno de los científicos, con un largo escalpelo, acababa de abrir la supuesta cabeza y apareció una gran cantidad de masa encefálica.

—Es enorme, desproporcionado —observó el científico— y su sistema de alimentación es totalmente distinto al nuestro.

—Bueno, ¿alguien puede decirme de qué se trata…? —preguntó Robert Zel.

El presidente Bennet le habló con tono de preocupación:

—Es un alienígena.

—Bueno, ya me imagino que de esta clase de bichos no tenemos en el planeta Tierra.

—No es lo que se imagina, comandante Zel. Esta cosa es un ser inteligente perteneciente a una civilización desconocida de algún lejano planeta, posiblemente ubicado en nuestra misma galaxia,

pero su parecido con nosotros los terrícolas es prácticamente nulo.

—¿De veras es un ser inteligente? —se asombró Zel.

—Tan inteligente que han llegado a la luna K-3 en modernísimas cosmonaves. Tuvieron un enfrentamiento con nuestros milicianos cuando unos mineros fueron atacados y muertos.

—¿Quiere decir que estos seres, sea quienes fueren, no vienen en son de paz?

—No, no vienen en son de paz. Han atacado a los milicianos, y éstos se defendieron.

—¿Y han matado a éste?

—En realidad, éste murió por una simple electrocución fortuita, pero tenemos a otros cinco capturados vivos.

—Caramba, ¿cinco alienígenas vivos? Eso sí es noticia, presidente Bennet.

—Lo malo es que sabemos que hay más.

—¿Una invasión?

El general Hower fue quien respondió:

—Es una posibilidad. Lo ignoramos todo sobre ellos.

—Pero, dicen que tienen a cinco seres de esta clase capturados, ¿no?

—Y bien encerrados y custodiados aquí, bajo este océano de hielo carbónico con un espesor sobre nosotros que podría calificarse de inaccesible, salvo que nos fundan a todos con superbombas termonucleares.

—¿Los otros cinco se rindieron?

—Así es —asintió el general—, pero los milicianos, a lo lejos, vieron huir hacia las estrellas dos cosmonaves que, sin duda alguna, no eran terrícolas.

—¿Dos sólo?

A la pregunta de Zel, el general respondió:

—Vieron dos, pero a distancia, quién sabe si hay millares.

—¿Han comunicado este asunto a la superioridad en el planeta Tierra?

—Hemos enviado los primeros informes, pero sólo sobre hechos comprobados. Las hipótesis sólo sirven para nosotros. Hemos de averiguar si hay dos o si hay más y qué intenciones tienen.

—¿Han tratado de comunicarse con estos seres que parecen medusas?

—No es fácil —replicó uno de los doctores—; emiten como pitidos, pero sabemos algo más sobre ellos.

—¿El qué?

—Que son capaces de metamorfosearse a voluntad.

—¿Comprobado?

—Tenemos indicios por lo que vio uno de los milicianos, aunque este hecho puede todavía considerarse una alucinación esporádica. Los mineros que podían hablar sobre ello, murieron.

—¿De qué forma?

—Bajo las armas de los alienígenas.

—¿Qué tipo de armas emplearon?

—Armas desconocidas —explicó el general—. Los mineros han sido encontrados como petrificados y, sin duda alguna, su muerte fue instantánea. Ignoramos, por supuesto, qué clase de armas poseen y ello hace más difícil plantear una lucha defensiva.

—¿Y no ha habido manera de establecer una comunicación entre los prisioneros y ustedes? —preguntó el comandante Zel.

—No, por ahora, pero aquí está la doctora Aurea Xeixa, especialista en telepatía, que tratará de propiciar ese contacto. Hay que comunicarse con ellos, tenemos que interrogarles para conocer sus propósitos y, lo que es más importante, cuántos son y de cuántas cosmonaves disponen para una posible invasión.

—¿Y usted qué dice, doctora Xeixa? —preguntó Zel directamente a la mujer.

Aurea Xeixa respondió con frialdad y cierta altivez:

—La telepatía con esos seres, más que posible, es un hecho. Son cerebros muy evolucionados y de capacidad muy superior a la nuestra. Como se podrá ver, existe una gran desproporción entre el cerebro de esos seres y lo que podríamos llamar sus miembros, que son esta especie de larguísimas raíces o tentáculos. Nosotros, los terrícolas, parecemos más armónicamente proporcionados.

—Es cierto —corroboró uno de los científicos—. Su cerebro no está proporcionado con el poder físico del resto del cuerpo. Supongo que sus movimientos son limitados; claro está que ellos, con esas varias docenas de raíces o tentáculos que poseen, pueden envolver a una presa como si fuera una tupida red y mediante unas ventosas succionantes, digieren la presa sin necesidad de los órganos que nosotros poseemos.

—¿Y qué comen? —preguntó Robert Zel.

—Cualquier cosa —contestó el científico—. Son omnívoros como nosotros. No tienen boca, pero sí cuatro ojos colocados equidistantes en torno a su gran cabeza para poder ver en todo momento alrededor suyo, de tal modo que jamás pueden ser sorprendidos.

—La verdad es que son bastante feos.

—No se lo tome a broma, comandante Zel. Son un peligro, una amenaza latente para todos nosotros. Este asunto se va a mantener en el más riguroso de los secretos hasta que no tengamos más datos al respecto.

—¿No piensa comunicar a la población de las colonias del sistema Kwong la existencia de estos alienígenas hostiles?

El presidente Bennet, con el rostro grave, respondió:

—No. Si lo hiciéramos crearíamos el pánico y no disponemos ni con mucho de la mitad de cosmonaves precisas para llevar a cabo una evacuación acelerada. Muchos son los colonos, aventureros y mineros que llegan en las cosmonaves de líneas regulares. ¿Cómo podríamos sacarlos de aquí? Es muy difícil. Hay que evitar el pánico que conduciría al caos y hay que evitarlo por todos los medios. Hemos trabajado mucho en el planeta Kwong para que ahora, por una posibilidad de invasión alienígena, se venga todo abajo. Nuestra labor en Kwong representa el esfuerzo de millones de hombres y decenas de años. Hemos transformado un planeta muerto en un planeta vivo, un planeta que nos era más que necesario para proseguir la evolución de nuestra especie en estado óptimo de alimentación, sanidad, confortabilidad, higiene física y mental. No podemos perder Kwong, es el futuro de las generaciones que nos han de suceder.

—Bien, eso lo entiendo y está claro, pero ¿y si esos alienígenas están ahí fuera, esperando el momento propicio para la invasión?

—Nuestras fuerzas milicianas están listas para la defensa —replicó el general Hower—. Sin embargo, he de reconocer que en el sistema Kwong no disponemos de los milicianos cosmonautas y las naves precisas para hacer una cobertura defensiva perfecta.

—¿Han pedido más refuerzos? —preguntó Zel.

El general Hower contestó:

—Sí, pero sin aclarar excesivamente los motivos. Hemos pedido refuerzos para unas maniobras tácticas con fuego real sobre

supuestos enemigos móviles y automáticos con capacidad de respuesta.

El presidente concretó:

—No obstante, esos milicianos y las cosmonaves necesarias para las supuestas maniobras tácticas tardarán en llegar por encima de las mil horas y hemos de contar con que el hipotético ataque de los alienígenas puede producirse en cualquier momento.

—De todos modos —añadió el general Hower—, nuestros milicianos se hallan en estado de alerta. Los suprarradares funcionan al mil por mil y cualquier objeto no identificado que provenga del cosmos será destruido si no responde de inmediato con una identificación inteligible.

—Me parece correcto, pero ¿qué esperan de mí? —inquirió Robert Zel.

—Que los encuentre.—fue la respuesta clara y rotunda del presidente mientras los generales asentían con la cabeza, ratificando sus palabras.

Robert Zel comprendió que acababan de encomendarle la misión más difícil de su vida, una misión de la que podía depender el futuro de la civilización terrícola.

—Está bien, acepto, será como un desafío. Deséeme suerte.

—La doctora Aurea Xeixa le acompañará, es la única que tiene posibilidades de conectar con ellos —dijo el presidente Bennet.

—Por mi parte, bien, pero ¿qué dice usted, doctora Xeixa?

—Colaboraré con usted, lo que no quiere decir que esté a sus órdenes.

—Espero que no haya discrepancias entre ambos. —Miró al presidente y a los generales—: ¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo —le respondió el presidente, alargándole una placa de identificación.

Cuando Robert Zel la tuvo en su mano y la observó, dijo:

—Es una gran responsabilidad llevarla conmigo, pero es magnífico, prioridad especial para todo, con derecho a utilizar todo aquello que juzgue necesario.

—Estamos seguros de que utilizará esa placa con la honestidad y el valor que le caracterizan.

Al oír estas últimas palabras pronunciadas por el presidente Bennet, la doctora Aurea Xeixa miró a Robert Zel entre dubitativa e

incrédula.

Ella, en principio, no confiaría de forma tan absoluta en un hombre al que consideraba un cínico recalcitrante.

CAPITULO III

Enrico Paolo miró los guarismos luminosos de su cronógrafo. En su rostro se reflejó el disgusto y su expresión oral así lo manifestó:

—Vamos, chicas, siempre llegáis tarde a todos los sitios.

—Pero ¿qué sucede, Enrico, tanta prisa hay? —preguntó Ondina, la superestar del Ballet de las Vestales.

—Hemos de tomar el cosmobús.

—Bueno, ya se esperará, ¿no?

—No lo sé. Yo tengo un horario que cumplir y vosotras siempre andáis retrasadas.

Las bellísimas vestales que componían un grupo de quince mujeres, sin duda alguna excepcionales por la hermosura de sus cuerpos elásticos y cien por cien sensuales, subieron al vehículo que habría de llevarlas al cosmobús.

El propio Enrico Paolo se colocó al volante. Puso en marcha el motor, conectó el electro-antigravitatorio y el vehículo se elevó unos tres palmos del suelo sin hacer el menor ruido, sin provocar el más mínimo viento que levantase polvo.

—¿Estamos todos...? —preguntó en voz alta Enrico Paolo, como si fuera el chófer de un vehículo escolar que en día de ocio salía al campo.

Una de las chicas alzó la voz para advertir:

—Falta Valery, falta Valery.

—¿Valery? —repitió el propio Enrico Paolo, responsable del ballet—. Maldito maricón, siempre llega tarde. Pues esta vez no le esperamos, será una lección para él o para ella, no sé cómo decirlo —gruñó para sí en voz baja. Luego alzó el tono para advertir tajante —: Nos vamos.

—Valery se va a enfadar —advirtió Ondina.

—Pues que se vaya a la mierda —replicó grosero el director del grupo artístico más esperado, deseado y cotizado por todos los colonos terrícolas y aventureros del espacio que se hallaban lejos de la Madre Tierra.

El vehículo se alejó veloz. Apenas dos o tres minutos más tarde, Valery llegaba al lugar de la cita.

—Qué raro, ya no están las niñas...

Miró en derredor con sus grandes ojos que el maquillaje parecía

agrandar aún más.

Valery era alto, delgado, de cabellos más rubios gracias a la decoloración que por su color natural. Los abundantes rizos le caían sobre los hombros y vestía una larga túnica color salmón que arrastraba por el suelo.

Cuando corría con la túnica puesta, Valery ofrecía un aspecto torpe y grotesco, pero cuando avanzaba despacio, irradiaba una altivez superior a la que podía transpirar la más cotizada de las superstars.

—¿Se habrán marchado sin mí? —se preguntó—. ¡Por Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón...! ¿Qué van a hacer las niñas sin mí? ¿Quién las va a cuidar, quién va a decirles lo que deben hacer?

De pronto, como comprendiendo que le habían dejado adrede, como si no hiciera falta alguna, una oleada de odio y rencor envolvió al rubio y alto Valery, que escupió al suelo.

—Enrico Paolo, mariquita, mariquita, tú sí que eres un mariquita. Te odio, te odio, te odio, si fuera un hombre te pegaría.

Mientras, el vehículo se alejaba unos doscientos kilómetros de la metrópoli de Kwong.

En una meseta de duro granito aguardaba un cosmobús solitario. Ondina preguntó:

—¿Y por qué no está en el astropuerto?

Enrico Paolo, sin dar mayor importancia a sus palabras, respondió:

—Es que ha tenido que dejar a unos mineros y de paso nos recoge a nosotros ahora.

—¿Adónde vamos? —inquirió una de las chicas.

—Es una sorpresa —respondió Enrico Paolo.

Descendieron del vehículo.

El cosmobús tenía sus puertas abiertas y la rampa de acceso llegaba perfectamente hasta el suelo.

Las chicas llevaban consigo unas bolsas ligeras, pues su vestuario para las actuaciones solía ser mínimo.

Cuando hubieron subido al cosmobús, éste cerró su puerta y guardó la rampa de forma automática.

Se puso en marcha sin elevarse demasiado del suelo del planeta, y al fin puso proa hacia lo alto. Escapó de la atmósfera que el humano terrícola había conseguido fabricar para el planeta Kwong,

un planeta con posibilidades de vida si se le acondicionaba adecuadamente.

Las bellas danzarinas se preocuparon muy poco de mirar por las ventanillas. Estaban acostumbradas a viajar entre las estrellas y prefirieron conversar.

Enrico Paolo se había situado junto al cosmonauta conductor, un hombre de tez gris oscura y excesiva cantidad de vello en sus manos.

Era un sujeto extraño que podía haber sufrido alguna mutación genética. Su rostro tenía algunas diferencias con los normales, sus mandíbulas eran más alargadas y sus ojos estaban más separados. Al mirarle, cualquiera hubiese dicho que tenía algo de perro o quizá de oso.

—¿Está esperando tu amo?

Sorrient, el cosmonauta, volvió su rostro hacia Enrico Paolo. Resultaba muy difícil saber si aquel hombre sonreía o era una mueca constante en su boca. Parecía que tuviera un par de colmillos más de lo usual.

—Nos estará esperando. Sólo él puede permitirse el lujo de pagar una sesión privada de las vestales.

—Es cierto, una sesión muy cara. La verdad es que no deberíamos realizarla, pero...

Sorrient volvió a mirarle.

—Pero Gregory Jull paga bien. ¿No es eso?

—Siempre me ha intrigado cómo Gregory Jull ha podido obtener tanto dinero —comentó Enrico Paolo, responsable directo del Ballet de las Vestales que, por otra parte, estaba subvencionado y protegido por la comisión cultural del gobierno confederal terrícola, motivo por el cual las sesiones privadas estaban prohibidas, pues con el espectáculo se pretendía beneficiar a muchos espectadores y no a uno solo que tuviera un exagerado poder económico.

—Gregory Jull ha sabido encontrar la riqueza entre los planetas, por eso mucha gente le odia.

—Sí, a los ricos siempre se les odia, pero ya me gustaría a mí ser tan rico como Gregory Jull.

—Bueno, te llevarás un buen pellizco de brillantes.

—Eso es lo mejor que tiene Gregory Jull, que puede pagar en brillantes, esmeraldas, en rubíes venusinos, en metales preciosos. Y yo que le llegué a conocer cuando era un simple piloto de cosmobús.

Gregory Jull poseía una cosmonave grande, magnífica y automatizada, con la que se permitía el lujo de trasladarse de un lugar a otro sin problemas.

Podía posarse en cualquier planeta o planetoide, incluso descender sobre un océano y sumergirse en él, permaneciendo debajo de las aguas por tiempo indefinido.

Cuando llegó el pequeño cosmobús, se abrió la compuerta del hangar de la cosmonave Grant-Rich que poseía Gregory Jull.

Cuando la compuerta se hubo cerrado herméticamente, las poderosas bombas trasladaron el aire de los compresores al hangar y cuando se encendieron las luces verdes, los viajeros saltaron del cosmobús.

—Seguidme —pidió Sorrient.

—¿Dónde está tu amo? —preguntó Enrico Paolo, sabiendo que la palabra «amo» no molestaba en absoluto

a Sorrient, que se sometía voluntariamente al mandato y a los deseos de Gregory Jull.

—Seguidme —repitió.

Por una rampa en espiral les condujo a una amplia sala que tenía un fondo circular de cristales polícromos de destellos cambiantes.

—Hum, parece bueno el lugar —aprobó Enrico Paolo.

Ondina se le acercó y preguntó:

—¿Hemos de actuar aquí?

—Sí.

—¿Y las filmadoras?

Enrico evadió la respuesta encogiéndose de hombros.

—No sé, pero será mejor que os vistáis ya.

—¿Dónde?

Sorrient señaló unos cortinajes que cubrían una de las paredes.

—Allí detrás hay espejos.

—Vamos, chicas —invitó Ondina.

Enrico preguntó a Sorrient:

—¿Y el equipo de audio?

—¿Traes la música enlatada?

—Sí, claro.

—Dámela, ya la pondré yo en megafonía.

—¿Tú?

—Sí, ¿es que no te fías?

—Bueno, pero ¿y los decibelios?

—¿A cuántos decibelios quieres que suene?

—A ciento quince, ni uno más ni uno menos.

—Eso nos dejará sordos.

—Es parte del espectáculo.

—Está bien —gruñó Sorrient, tomando la gruesa cassette de audio.

Se alejaba ya cuando Enrico Paolo se le volvió a acercar casi cogiéndole por el brazo y preguntándole en un cuchicheo:

—¿Dónde está tu amo?

—No te preocupes, se presentará en el momento justo en que estéis listos para actuar. Cuando las chicas estén preparadas, que ocupen sus puestos. Tú da tres palmadas, yo te oiré y comenzará a sonar este enlatado de audio que me has dado.

—¿Y Gregory Jull?

—Aparecerá en ese instante.

Enrico Paolo se tuvo que contentar con aquella explicación y aguardó a que aparecieran las chicas con sus vestidos de danza que consistían en bikinis exóticos y estilizados hechos con pedrería multicolor que reverberaban destellos iridiscentes al recibir las gemas engarzadas con malla de oro puro los impactos de los fotones que les enviaban los focos luminosos bajo los cuales estaban acostumbradas a danzar.

Las pieles de aquellas hermosísimas mujeres brillaban untadas con aceites aromáticos que las hacían más y más suaves y escurridizas.

Los cabellos estaban ahora sueltos, como más largos y salvajes. Los pies descalzos, los dientes níveos sobresaliendo entre los labios carnosos y sensuales, llenos de color, acentuado por la cosmética. Las largas uñas fosforescían.

Cada una de ellas era la sensualidad hecha carne, especialmente Ondina, que poseía los ojos más grandes, más cargados de picardía, los más deseables y los que más destellos de pasión despedían.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Ondina, que era la reina del espectáculo.

—Ahora mismo, colocaos.

—¿Dónde?

—De espaldas a las cristaleras luminosas, ellas servirán de fondo.

Ondina se encogió de hombros y todas se fueron situando en los lugares que más o menos les correspondían.

—¿Y las cámaras de grabación? —insistió Ondina.

—Están ocultas, no os preocupéis. ¿Preparadas?

—¿Ya? —preguntó Ondina, más que aprobó.

—Adelante, pues.

Enrico Paolo dio tres palmadas y comenzaron a sonar las primeras notas al mismo tiempo que en el lado opuesto de la sala se abría el suelo en dos compuertas y aparecía una especie de trono en el que estaba sentado un hombre.

Tenía la cabeza rapada y vestía una especie de túnica celeste con un sol en el pecho y un grueso cinturón de oro puro.

Todas comprendieron que aquél iba a ser el espectador y centraron su atención en él.

La música sonaba a los ciento quince decibelios con una perfección absoluta. Toda la sala estaba repleta de sonido mientras ellas movían sus cuerpos en forma sensual.

Ondina se adelantó hacia el hombre del trono, que no era otro que Gregory Jull y le brindó todos aquellos movimientos sensuales y provocativos.

Jull sonreía de satisfacción. Era un placer, un gozo ver moverse aquellas piernas de mujer, aquellas caderas ondulantes y bien redondeadas, aquellos senos altos y bien pronunciados, fuertes, sin sujeción aunque guarnecidos por las destellantes gemas que lo único que hacían era realzarlos, con sus aureolas pintadas en fosforescente.

Cuando la música cesó y la actuación hubo concluido, sólo se escuchó un aplauso, un único aplauso. Eran las manos del propio Gregory Jull y Enrico Paolo suspiró, satisfecho; todo parecía haber ido bien.

—Magnífico, Enrico Paolo, magnífico. Son las mujeres más bellas de nuestra civilización terrícola, el orgullo de la perfección, eso es lo que son las vestales.

—Bueno, ya sé que hay otras mujeres tan hermosas como ellas, pero no son danzarinas ni tan sensuales. Digamos que no saben transmitir y provocar las sensaciones del sexo como ellas.

—Eso es cierto, Enrico Paolo. El hombre que al ver- las no siente cómo la sangre salta tumultuosamente en sus venas es que no es

hombre... Son irresistibles.

—Gracias, Gregory Jull. Estaba seguro de que esta actuación al natural superaría en mucho cualquier grabación que hayas podido contemplar.

—Dime una cosa, Enrico Paolo.

—Pregúntala y la responderé, Gregory Jull.

—¿Es cierto que todas son vírgenes?

—Pues sí, lo son. Ya sé que ésta es una condición digamos medieval y poco acorde con nuestra avanzadísima civilización interestelar, pero eso excita más al público. Los hombres que viven en soledad en el cosmos, en las minas, en las lunas de Kwong, las deseas y el que sean vírgenes las hace más deseables aún. Es como si así existiera la posibilidad de que cada uno de ellos pudiera poseer a una de estas mujeres. Las sueñan y sus interpretaciones son más ansiosamente esperadas.

—¿Y qué ocurre cuando una de ellas deja de ser virgen?

—Es relevada. Hay muchas y muy buenas danzarinas que desean formar parte del cotizadísimo y famoso Ballet de las Vestales.

—¿Y sería relevada aunque fuera ésa? —señaló a la superestar.

—¿A Ondina?

—Sí.

—Aunque fuera ella.

—Yo no tengo ningún deseo de perder mi puesto —advirtió la muchacha.

—¿Ni aunque te pagaran mucho?

—No —respondió la joven, con una sonrisa cargada de suficiencia y desprecio al mismo tiempo.

—¿Ni aunque cubrieran tu cuerpo de brillantes?

—No, tengo todo lo que me hace falta.

Enrico Paolo olfateó que la situación podía ponerse fea. Era evidente que el multimillonario espacial Gregory Jull se había encaprichado de Ondina, lo que no era precisamente nada raro, pues había millares de hombres dispuestos a cualquier cosa con tal de conseguirla.

—Gregory Jull, si hemos de hacer otro número...

—Ah, sí, tengo que pagarte, Enrico Paolo —le dijo con una voz sin inflexiones.

Del interior de uno de los pliegues de su túnica azul celeste con

el sol radiante en el pecho, extrajo algo que, en principio, Enrico Paolo no vio muy bien, algo que quedó entre las manos de Gregory Jull.

Era una especie de esfera con un brillante engarzado.

De súbito, a través de aquella especie de brillante, brotó un rayo zigzagueante que fue a dar en los pies del sorprendido Enrico Paolo.

—¡Aaaaaaaggg!

Todas las jóvenes vestales pudieron ver con infinito horror cómo los pies de Enrico Paolo se incendiaban, se quemaban casi sin llamas, sin que el hombre fuera capaz de moverse de donde estaba, como si sus pies fueran dos maderos tan pesados como inflamables.

El fuego fue ascendiendo hacia el cuerpo de una forma lenta mientras la víctima gritaba de dolor y las muchachas se echaban hacia atrás, aterrorizadas.

Enrico Paolo cayó al suelo cuando el fuego le llegó a las costillas. Siguió debatiéndose hasta que su cadáver quedó totalmente carbonizado.

—¡Ondina, bella Ondina, adelántate!

La joven, asustada, avanzó hacia Gregory Jull cuando, de pronto, del suelo emergió una solidísima pared de cristal.

Cuando las vestales quisieron reaccionar, la solidísima pared ya tocaba el techo, encajando perfectamente en él. Quedaron encerradas entre el cristal transparente y las polícromas cristaleras luminosas.

Ondina había quedado fuera de aquella especie de cárcel de cristal.

Cuando se volvió hacia sus compañeras, vio cómo ellas se abalanzaban asustadas contra el cristal y lo golpeaban inútilmente con sus puños. Romperlo era una utopía, un deseo totalmente irrealizable.

—¿Qué es lo que hace, qué trata de conseguir?

Del techo de la jaula de cristal en que acababan de quedar encerradas las bailarinas a excepción de Ondina y el cadáver de Enrico Paolo, que yacía en el suelo carbonizado, comenzó a emanar un gas blanco y denso

que descendió sobre las hermosísimas mujeres, que gritaban al otro lado del cristal.

El gas las fue envolviendo y ellas semejaron perder fuerzas.

Tosían y doblaban sus rodillas hasta que todas ellas quedaron tendidas en el suelo.

—Ondina…

La joven se volvió hacia el hombre del trono, hacia Gregory Jull, que seguía sosteniendo en su mano aquella horrible bola no mayor que una naranja y en la que destacaba el brillante del tamaño de un grueso garbanzo, un brillante del que partía el terrorífico rayo que consumía a un cuerpo humano lentamente en una muerte tan horrible como dolorosa.

—¿Por qué? —balbució ella, sin comprender aún lo que estaba ocurriendo, incapaz de asimilar semejante tragedia.

—Ahora ya te puedo ofrecer algo muchísimo más valioso que una lluvia de brillantes, te puedo ofrecer tu propia vida.

—Se lo suplico, no me mate.

—Ponte de rodillas, Ondina.

Lentamente, la mujer se puso de rodillas sin dejar de mirarle, temiendo que en cualquier instante el rayo abrasador la convirtiera en la última víctima de aquel ser sin piedad.

—Ahora, inclínate y, gateando, acércate hasta mis pies.

Ondina no dudó, temblaba de miedo y prefirió someterse. Su vida, su cuerpo espléndido pletórico de belleza y sensualidad, estaban en juego. Aquel ser diabólico podía reducirla a cenizas.

Cuando llegó a los pies del hombre, alzó su bello rostro. Con los ojos húmedos de miedo suplicó:

—Respeta mi vida y haré lo que me pidas.

—Eres mi esclava. ¿Verdad, Ondina?

—Sí, sí, tu esclava.

—Me obedecerás en todo, ¿verdad, Ondina?

—Sí, te obedeceré en todo.

—Me entregarás tu cuerpo, ¿verdad?

—Sí, será tuyo, sólo tuyo.

—Muy bien, Ondina, tu vida será respetada. A mi lado puede que llegues a ser tan perversa y diabólica como yo —soltó una corta carcajada—. Me hacía falta una compañera que aliviara mi soledad… Claro está que si te portas mal, si no pones pasión cada vez que te entregues a mis brazos, te destruiré y pondré a otra en tu lugar. Enrico Paolo tenía razón, hay otras mujeres tan bellas como vosotras, pero tú tienes fuego dentro del cuerpo y yo quiero

abrasarme en ti.

—Te daré toda la pasión que me pidas, pero no me mates.

—Llámame tu amo y señor. He de acostumbrarme a que todo mi prójimo deje de serlo para que se convierta en mi esclavo. Sí, llegará un día próximo en que yo seré el rey de los esclavos. Ahora, en señal de acatamiento y entrega, lame mis pies, Ondina, lámelos.

Ondina no quiso mirar hacia Enrico Paolo, carbonizado, y tampoco a las demás vestales caídas tras la pared de cristal, gaseadas sin piedad.

Inclinó la cabeza y sus largos y abundantes cabellos dorados ocultaron sus lágrimas, la rojez de sus mejillas, la vergüenza que sentía.

Obedeció, el pánico ante la muerte lo superaba todo, absolutamente todo.

CAPITULO IV

Robert Zel iba acompañado de su robot electro-mecanobiónico Bio-T cuando arribó al lugar de la tragedia a bordo de su vehículo *atom-hovercraft.*

No lejos de donde ellos acababan de detenerse había otro vehículo A.H.C., más grande, del tipo microbús, pero estaba quemado y perforado por múltiples lugares, como si hubiera recibido una lluvia de meteoritos.

—¿Detectas algo, Bio-T?

—Micro-chatarra, micro-chatarra —respondió el robot, que se movía de un lado a otro y luego daba media vuelta, como buscando en todas direcciones.

—Bio-T, busca vestigios de vida.

—Negativo, negativo.

Resultaba difícil creer que pudiera quedar algo, siquiera un pedazo de hueso humano, tras la tremenda colisión y consiguiente desintegración del cosmobús que, según decían los informes, había estallado allí, convirtiéndose en una bola de fuego blanco y alcanzando en su explosión al microbús que poseía el Ballet de las Vestales y que debía haber llevado a todo el conjunto hasta el cosmobús donde habían hallado la muerte.

Era un suceso que podía parecer normal; sin embargo, a Robert Zel le parecía extraño. ¿Por qué tomar el bus en aquel lugar tan solitario donde nadie podía verles y no en el astropuerto?

—Positivo, positivo —anunció de pronto el robot, que se había alejado algo más de un centenar de metros.

Ante la reiteración afirmativa del robot, Robert Zel insistió:

—¿Te das cuenta de que estás buscando a las mujeres más bellas?

—Positivo, positivo.

—Si tú dices que es positivo, seguro que lo será. Anda, saca unas muestras.

—Orden recibida, orden recibida.

La puntera del pie derecho del robot se abrió y ésta succionó una muestras de las cenizas. Luego se cerró.

—Muestras recogidas, muestras recogidas.

—Bien, parece que aquí no tenemos nada más que hacer, vamos.

En el laboratorio analizarán las muestras.

Subieron al veloz vehículo *atom-hovercraft* que Robert Zel solía utilizar y retomaron a la metrópoli, dirigiéndose al Hotel Cinco Soles.

—Quédate aquí esperándome —ordenó a su robot.

—Orden recibida, orden recibida.

—Y no te vayas detrás de ninguna mujer porque no te doy tu ración de aceite y vas a gruñir más que un carcamal.

—Negativo, negativo.

Una espléndida conserje de hotel aguardaba tras el mostrador. Alzando su enorme tetamen para así mostrarlo mejor, recibió a Robert Zel.

—;Son de verdad o artificiales? —quiso saber el hombre, intrigado.

—De verdad, de verdad, puede tocar.

Alargó los dedos con suavidad y los palpó.

—Dureza óptima y, por lo que veo, sueltos, sin nada que los aguante.

—Así es.

—Puedes estar orgullosa de ellos.

—También tengo otras cosas…

—Me lo imagino, pero será en otra ocasión, ahora he venido a ver a Valery. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿A Valery? —ella parpadeó, incrédula, mirándole de arriba abajo—. Al verte, nadie lo hubiera pensado.

Robert Zel comprendió el equívoco que se había formado pero no hizo caso.

—Tengo que verle, es urgente.

—Qué pena de hombre… En fin —suspiró, resignándose.

Pulsó varias teclas y mirando por una pantallita de control, dijo:

—Se halla en el salón de ocio y relajación.

—Ahora voy a verle.

—No se le puede molestar en estos momentos.

—Ya te he dicho que es urgente.

—Qué horror, quién lo iba a suponer…

Y se acarició sus propios y abultados senos, como tratando de mitigar su pequeño fracaso.

En la plataforma elevadora, Robert Zel se dirigió al amplísimo

salón de relajación y ocio.

—Desnúdate, por favor —le pidió una bellísima joven, con una sonrisa tan agradable que Robert pensó que no se le podía negar nada.

—Es que sólo estoy de visita.

—Por favor, deja tu ropa en esa taquilla y muéstrate sin ocultaciones a los ojos de todos. Todos somos hermanos, todos somos iguales.

—Verás, preciosa, yo pienso que no. Ni tú te pareces a mí ni yo soy igual que Valery.

—Si quieres, te ayudo a desnudarte —le dijo ella solícita, cogiéndole por las mejillas y dándole un beso en los labios.

El salón de ocio era tan grande como complicado.

Había muchos niveles de suelo con plataformas distintas, circulares, cuadradas, triangulares… Aquí una butaca, allí un triclinio…

De lo alto colgaban extrañas lámparas que lanzaban destellos mientras sonaba una música ambiental.

Distribuidos por el amplísimo salón de ocio había hombres y mujeres, también una piscina iluminada en rojo donde algunos se bañaban.

Chicas y muchachos adolescentes servían en brillantes bandejas espumeantes- bebidas en altas y extrañas copas que tenían en sus partes exteriores como goterones alargados de hielo.

Sobre una plataforma se proyectaba un espectáculo tridimensional sin pantalla. Una danzarina jugaba con una extraña y enorme serpiente que se enroscaba en su cuerpo con gran placer de la mujer o, por lo menos, era lo que reflejaba su rostro.

Dos hombres jugaban una partida de ajedrez mientras con unos microauriculares incrustados en sus oídos escuchaban una lectura monótona del diccionario etimológico general y el movimiento de cada una de las piezas del tablero se hacía eterno.

Encontró a Valery cubierto con su larga túnica que se había negado a quitarse.

Se hallaba tumbado en un triclinio, cayéndole por los lados los abundantes rizos de su cabellera rubia.

Frente a él, sobre una estrecha mesita, había una copa gigante compuesta de cristales de distintos colores. La copa contendría por

lo menos un litro de bebida que espumeaba y dejaba escapar un vaho blanquecino.

Valery tenía los ojos enrojecidos, lloraba a lágrima viva.

—Hola, Valery —le saludó Robert, sentándose en el borde del triclinio.

—Comandante Zel —gimoteó. Alzó sus manos, le cogió el rostro y le besó efusivamente en ambas mejillas.

—Tranquilo, tranquilo...

—Ah, ah —verdaderas lágrimas, gordas como granos de uva, saltaron de sus ojos—. Estaré horrible, ¿verdad?

—Verás, se te ha corrido un poco el rímel.

—Pobrecitas, mis niñas, todas, todas han muerto.

—Eso parece.

—Y la culpa la tiene el mariquita de Enrico Paolo. El, él tiene la culpa.

—¿Por qué?

Valery lloraba tanto y tan expresivamente que casi no se le entendía al hablar mientras trataba de secarse el rostro con su túnica.

—Enrico Paolo, siempre con sus malditas prisas, no podía esperar. Todas muertas y sólo yo me he salvado. Ahora me moriré de pena —siguió sollozando—. Nadie me quiere... Creo que Enrico Paolo me odiaba, con la sensibilidad que yo tengo. Pues ahora él está muerto y yo sigo viviendo, aunque con esta pena que tengo no duraré mucho tiempo.

—Lo que puedes hacer es darte un viajecito hasta el planeta Tierra. Allí te vas a la academia confederal de danza y seguro que encontrarás nuevas amistades.

—¿Me llevarás tú, Robert?

—¿Yooo?

—Sí, sí, contigo a mi lado me sentiría más seguro, más acompañado. Eres tan fuerte, tan varonil.

—Mira, Valery, lo que yo quiero saber es adónde iba el ballet.

—No lo sé, nadie lo sabe, ya me lo han preguntado.

—Me extraña que tú no lo sepas, Valery.

—¿Crees que volverán a crear otro Ballet de las Vestales?

—Seguro, y si haces memoria, yo te recomendaré para que tú te encargues de formarlo.

—¿De veras, amor?

—De veras —asintió, paciente ante Valery y su singular personalidad.

—Pues, verás —habló en tono confidencial—. Enrico Paolo tenía planes secretos.

—¿Qué clase de planes?

—Le oí decir que tenía que ir al Grant-Rich.

—¿Grant-Rich?

—Yo no sé lo que es eso, pero tampoco lo he dicho a nadie. Luego hablan mal de una y hay que cuidar la reputación.

Cogió la gran copa con las dos manos y comenzó a sorber el espumoso líquido ruidosamente, como si fuera un perrito bebiendo agua.

Cuando terminó de beber, Robert Zel ya no estaba a su lado y volvió a gemir en su estado depresivo:

—Nadie me quiere.

Aparecieron dos mujeres más altas y corpulentas que él, con unas anatomías impresionantes. Le cogieron por brazos y piernas.

—Eh, ¿qué hacéis?

—Sesión sorpresa.

—¡Desgraciadas! Si me hacéis algo malo, no pago la cuenta.

Pusieron a Valery en un tobogán y le soltaron.

—¡Aaaaaah!

Cayó dentro de una pequeña piscina de agua helada por la que constantemente pasaba una corriente de cinco voltios.

—¡Socorro, a mí, que me ahogo! —gritaba desesperado, puesto boca arriba.

—Ponte de pie —le dijo alguien.

Valery se incorporó y el agua le llegaba más arriba de las rodillas, ocultas por la larga túnica que ahora, empapada, se le había pegado al cuerpo.

También sus rizos caían escurridos, chorreando agua por encima de sus hombros y su aspecto aún resultaba más depresivo.

CAPITULO V

—Atención, Grant-Rich, atención.

Robert Zel pilotaba un vehículo espacial de corto radio de acción. Iba acompañado por su robot Bio-T.

No muy lejos, frente a él, flotando en el espacio como sin rumbo, estaba la grande y lujosa cosmonave Grant-Rich.

Zel sabía del lujo, confort y automatización de aquel tipo de cosmonaves construidas casi especialmente para multimillonarios. Se entregaban sin distribución de dependencias interiores y cada comprador, según sus gustos, se la hacía distribuir y decorar.

—Aquí cosmonave Grant-Rich respondiendo a llamada.

—Gregory Jull, pon tu cara en el televiófono.

—Te reconozco, Robert Zel. ¿Qué es lo que quieres?

—Hacerte una visita.

—No tengo deseos de recibir a nadie. Estoy en el espacio interplanetario y, por tanto, bajo ningún control jurisdiccional.

Robert Zel, para no chocar contra la gran cosmonave, se limitó a girar alrededor de ella con su vehículo espacial.

—Lo sé, pero yo quiero hablar contigo.

—Pues yo no tengo los mismos deseos. ¿No recuerdas que por tu culpa fui expulsado de los satélites de Júpiter?

— Vamos, Gregory, no es que te expulsaran, te largaste antes de ser llevado a juicio por las extrañas muertes de los buscadores de gemas.

—Tú te empeñaste en que yo era el bandido de las lunas de Júpiter.

—¿Y estaba equivocado?

—Mis abogados estuvieron presentes en el juicio, en el que fui exonerado de toda culpa.

—Un proceso que fue sonado y al que tú no te presentaste.

—Estaba en un viaje interestelar, muy lejos del planeta Tierra. Además, era presa de una crisis nerviosa. No pude estar presente, pero mis abogados cumplieron perfectamente con su labor.

—Lo sé. Pagaste a los mejores abogados sin escrúpulos que existen y fuiste exonerado por falta de pruebas.

—Naturalmente.

—No has explicado aún cómo te has hecho tan rico como eres

ahora.

—No tengo que dar explicaciones a nadie y menos a un tipo como tú, que siempre ha deseado mi destrucción.

—No me caes bien, Gregory Jull, y lo sabes.

—¿Por qué vienes a verme, entonces?

—Quería hacerte unas preguntas.

—Puedes hacerlas desde tu cacharro. Yo te responderé lo que me plazca desde mi palacio sideral.

—Sí, ya sé que dicen que la Grant-Rich es la cosmonave más lujosa que surca los espacios interestelares de nuestra galaxia.

—Lo es, lo es —rió de satisfacción—. Me gusta vivir con lujo, no puedo remediarlo, es mi debilidad.

—Gregory Jull, a ti te gustan los caprichos más selectivos, los que nadie más puede pagarse, ¿verdad?

—Si valen la pena, ¿por qué no? Por cierto, ¿cómo te va a ti con tu salario de comandante?

—Bien, muy bien.

Gregory Jull se rió para decir después: —Eres un miserable, siempre serás un miserable.

—No tengo las ambiciones de poder que sí tienes tú,
Gregory.

—Mis ambiciones de poder llegan más lejos de lo
que imaginas, Zel.

—¿Ah, sí? ¿Y hasta dónde llegan?

—Algún día lo sabrás.

—Por cierto, Gregory Jull, ¿qué sabes de las Vestales?

—¿De esas bellísimas mujeres?

—Sí.

—He visionado el noticiario general y al parecer han muerto desintegradas, una lástima, una verdadera lástima.

—Sí, lo es. Todos los que componemos la colonia Kwong, ejecutivos, milicianos, mineros, obreros, cosmonautas, aventureros, todos, absolutamente todos, estamos desolados ante esa tremenda pérdida. Era el conjunto de mujeres más querido por todos.

—Sí, ya sé que eran como las novias de todos los hombres solitarios —suspiró ruidosamente—. Qué le vamos a hacer, ese tipo de accidentes ocurren. Se sube a un cosmobús y estalla; no es el primero que desaparece llevándose a un puñado de víctimas

desintegradas, nunca más se sabe de ellas.

—Es muy extraño que el ballet subiera a un cosmobús que no estaba en el astropuerto, sino en la meseta de basalto.

—¿Quién podría explicar ahora por qué estaba allí? —preguntó Gregory Jull.

Robert Zel estaba molesto por tener que hablar con Gregory Jull a través de la telecomunicación mientras daba vueltas en tomo a la lujosa cosmonave Grant-Rich, porque aquel multimillonario se enclaustraba en su refugio, en el palacio más caro que jamás había viajado a través de los espacios siderales.

—Tú podías saber algo, Gregory.

—¿Yo? —Hizo una pausa y prosiguió—: Tengo algunas grabaciones de sus actuaciones, grabaciones que, por supuesto, me pasaré cuando me sienta deprimido. Esas danzarinas eran terriblemente sensuales, la mejor medicina para un hombre triste.

—¿De veras estás solo en tu cosmonave, Gregory?

—¿Lo dudas?

—Sí.

—Estúpido. Si crees que por tus dudas voy a tolerar que ensucies mis alfombras con tus botas de miliciano, estás equivocado.

—Yo no soy un miliciano, soy un investigador especial en las colonias.

—Para mí como si lo fueras. En mi cosmonave no tienes poder, ya te habrás dado cuenta de que estoy en el espacio interplanetario.

—Sin embargo, podría obligarte a que me abrieras las compuertas.

—¿Ah, sí, cómo, amenazándome?

—Es una posibilidad.

—Si soy atacado responderé, es mí derecho, el derecho que me otorga la carta magna espacial, y te aseguro que tengo armas para defenderme. No voy a tolerar que se me humille nunca más.

—Espero que no te acerques al planeta Kwong ni a ninguna de sus lunas porque te estará esperando una orden de registro.

—¿Registro? ¿De qué se me acusa?

—El Ballet de las Vestales había tomado el cosmobús para dirigirse a la Grant-Rich.

—Eso no es cierto.

—Tengo informes al respecto y no está muy claro si el cosmobús

estalló a la partida o al regreso.

Se echó a reír antes de preguntar:

—¿Insinúas que yo he secuestrado a las Vestales?

—Si hubieras hecho tal cosa, Gregory Jull, todos los hombres de las colonias Kwong te odiarían y sería muy difícil que las autoridades evitaran tu linchamiento.

—No me da miedo nadie. No tengo nada que temer y ya estoy harto de oírte, Robert Zel. Siempre me has odiado porque no conseguiste enviarme a un planeta de trabajos forzados. No te acerques demasiado a mi cosmonave porque corres el riesgo de que entren en funcionamiento los sistemas defensivos de que dispongo y no te creo tan tonto como para menospreciarlos.

Dicho esto, Gregory Jull cortó la telecomunicación videofónica.

Desde uno de sus ventanales podía contemplar directamente la pequeña cosmonave pilotada por el cosmonauta con placa especial, cosmonave que viró para alejarse de la Grant-Rich.

—Estúpido —escupió Gregory Jull entre despreciativo y sarcástico—. Eres un enano insignificante para mí y no tardaré en aplastarte como a un insecto.

Se volvió.

Cerca de él estaba Ondina, hermosa como siempre, pero su mirada había cambiado, semejaba haber aceptado su nueva situación.

Sobre la cabeza lucía una diadema con las más valiosas piedras preciosas. El sujetador y microbragas que llevaba eran totalmente de brillantes auténticos, en tanto desde sus hombros hasta el suelo caía una valiosísima capa de suave piel ribeteada de perlas.

—Ah, no sabía que estabas aquí, Ondina.

—Amo y señor, quiero estar siempre cerca de ti para servirte en lo que desees.

—Eres maravillosa, Ondina. Algún día te sentaré en un trono a mi lado para que puedas aplastar a los gusanos con tus bellísimos pies. —Miró hacia la puerta y llamó—: ¡Sorrient!

Aquel extraño personaje de tez grisácea y alargadísimas mandíbulas apareció rápidamente.

—¿Llamaba, mi amo?

—Tengo una misión muy especial que encomendarte,

Sorrient.

—Será servido como siempre, amo.

—Así debe ser, de lo contrario tu cabeza se abrasará encima de tu cuerpo frío. Escucha, es algo muy importante y muy difícil y, por supuesto, como siempre, no quiero quedar involucrado en lo que vaya a suceder.

—Intuyo que alguien debe morir, mi amo.

—No te equivocas, Sorrient, no te equivocas. Escucha, escucha con atención…

CAPITULO VI

El presidente Bennet se había reunido con su equipo de colaboradores en aquel problema de alto secreto relativo al ataque sufrido por los extraños alienígenas.

—¿No han detectado nada los suprarradares?

El general Hower denegó con la cabeza. El otro general explicó:

—Mantenemos un cerco muy amplio por el exterior de la órbita de la luna K-3.

—¿Y si ya hubieran cruzado esa órbita? —observó el presidente Bennet.

—Es improbable —replicó el general de la milicia cosmonáutica.

—Yo tampoco lo creo —apoyó el general Hower.

—Este asunto me trae muy preocupado. ¿Qué saben de los refuerzos milicianos que han de llegar para las supuestas maniobras tácticas?

—Ya habrán puesto rumbo hacia el área Kwong, pero estamos lejos, muy lejos —se lamentó el general Hower.

El otro general observó:

—Si sufriéramos un ataque masivo, no lo podríamos resistir. Millones de terrícolas seríamos exterminados. Siempre he dicho que aquí debería haber una fuerza superior a la que hay para prevenir cualquier tipo de invasión.

En aquel momento, en el despacho entró el equipo de doctores del que formaba parte la joven y bellísima doctora Aurea Xeixa. Tras los saludos de ritual, el presidente preguntó al jefe del grupo de científicos:

—¿Qué han podido sacar en claro?

—Lo único que hemos aclarado es que las neuronas del cerebro de ese alienígena o extraño ser son parecidas a las nuestras.

—¿Parecidas a las nuestras, está seguro? Es una cosa tan distinta…

—Así es, presidente —dijo el científico—, pero las neuronas cerebrales son semejantes. Existen ligeras variaciones de absorción de alimentos, pero su funcionamiento básico es el mismo. Lo malo… —hizo una pausa.

—¿Lo malo, qué? —apremió el presidente Bennet.

—Que poseen una masa cerebral cuádruple a la nuestra.

—Bueno, eso no quiere decir mucho —objetó el presidente Bennet—. Puede que no empleen toda esa masa cerebral de la que disponen.

—Lo malo es que sí la emplean y en un cincuenta por ciento superior a la que utilizamos nosotros.

Otro de los científicos, tras carraspear, concretó:

—Su cerebro es superior al nuestro y está más evolucionado, pero existe una descompensación evidente entre su cerebro y el resto de su cuerpo.

El presidente inquirió:

—¿Qué quiere decir con ello?

—En mi opinión, físicamente son más débiles que nosotros.

—No creo que eso nos sirva de mucho si ellos son más poderosos cerebralmente y poseen una tecnología más avanzada.

—Si fueran muy superiores —hizo observar el general Hower— ya nos habrían atacado de una forma abierta y declarada.

—Quizá estén esperando refuerzos y sólo sean una avanzadilla —replicó el presidente Bennet, pesimista.

El general Hower preguntó:

—¿Qué ha averiguado hasta ahora el comandante Zel?

—El comandante Zel es un hombre muy activo y efectivo. Cuando tenga resultados, estoy seguro de que me los comunicará. —Luego se volvió hacia Aurea—: Y usted, doctora Xeixa, ¿ha conseguido comunicarse con esos seres?

—Todavía no, presidente. Estoy segura de que ofrecen una resistencia que habré de vencer.

—Tiene que conseguir algo más que intentos, doctora Xeixa, hay que lograr un entendimiento con esos seres. Debemos saber de dónde proceden y cuáles son sus planes. Conocer lo que guardan en sus cerebros es importantísimo.

La doctora Xeixa se sintió molesta, en falta, casi en ridículo.

Conseguir lo que le pedían no era nada fácil si los alienígenas se negaban a la comunicación.

—Está bien, haré más de lo que pueda.

—No espero menos de usted, doctora Xeixa.

Una hora más tarde, acompañada del doctor Andreiev, jefe del equipo científico, Aurea llegó frente a la puerta de grueso cristal tras la cual estaban los alienígenas capturados, bien acondicionados, si es

que así podía considerarse.

Aquella especie de medusas gigantes y no precisamente acuáticas, permanecían quietas, aunque debajo de su cabeza, justo donde nacían los largos tentáculos, se agitaba rítmicamente algo parecido a un fuelle.

—Están vivos, fíjese bien en sus ojos.

—Sus ojos me dan miedo —confesó Aurea, mirando aquellos ojos elípticos puestos en vertical. También eran elípticas sus pupilas y desmesuradamente grandes para lo que eran las cabezas. Los cuatro ojos siempre estaban atentos.

—¿Cómo cree que conseguirá la comunicación, doctora?

—Concentrándome, tengo que comunicarme telepáticamente con ellos.

—Si ellos ofrecen resistencia por sentirse prisioneros, ¿podrá conseguir esa comunicación?

—Depende. Hay ocasiones en que la telepatía es incontrolada por el propio individuo que la practica, pero en el caso de seres muy evolucionados cerebralmente, si ellos utilizan la telepatía para comunicarse, pues pese a los pitidos que emiten no parecen tener boca, es posible que controlen muy bien su funcionamiento.

El doctor Andreiev suspiró, metiendo las manos en los bolsillos de su casaca amarilla.

—El presidente Bennet tiene razón, hay que comunicarse con ellos. Si lográramos infundirles confianza, es posible que depusieran su actitud negativa.

—Son prisioneros. ¿Qué podemos hacer para darles confianza? Es muy difícil, yo no puedo prometerles la libertad.

—No, claro que no, carecemos de autoridad para ello.

Permanecieron unos momentos en silencio mirando a los alienígenas a través del cristal. Aurea Xeixa dijo de pronto:

—Voy a entrar.

—¿Qué dice, Aurea?

—Que voy a entrar. Ellos están sometidos dentro de esta celda, pero no pueden hacer el gesto de acercamiento; nosotros, sí.

—Es muy peligroso, ignoramos cómo pueden reaccionar.

—Sabiendo que están sometidos ahí dentro, no pueden reaccionar mal, obtendrán más beneficios portándose bien. No son tontos. Entraré y procuraré entenderme con ellos.

—No lo intente, Aurea, no lo intente.

—Nadie puede impedírmelo, doctor Andreiev. Ya ha oído al presidente Bennet, me ha exigido resultados y la telepatía es la única forma de comunicarse con ellos.

El profesor Andreiev, jefe del equipo científico para investigar a los alienígenas capturados, no pudo impedir que Aurea Xeixa abriera la puerta oprimiendo el botón correspondiente tras introducir su placa identificativa en la ranura, ya que de otra forma, sin identificación, por mucho que se pulsara el botón, la puerta no se abriría.

La valerosa Aurea Xeixa se introdujo en la aséptica celda que carecía de ventanas, pero que tenía una aireación óptima. Por el suelo, esparcidos, había restos de huesos cuya carne había desaparecido de una forma total, por lo que cabía deducir que aquellos seres se habían alimentado. No habían escogido la postura de alcanzar la muerte por inanición.

—Soy la doctora Aurea Xeixa —dijo, buscando firmeza y valor en lo más hondo de su espíritu.

No quería vacilar y, muchísimo menos, que aquellos seres advirtieran que les tenía miedo.

Los ojos elípticos en vertical la miraban con fijeza, sin parpadear. De vez en cuando, una membrana bajaba desde la parte superior del ojo, lo limpiaba y volvía a ascender dejándolo nítido.

Aurea procuró hablar despacio. Luego, repetiría las mismas palabras en su mente, sin dejar de hablarles con la boca. Tenía que establecer la comunicación telepática con ellos y estaba segura de conseguirla.

—Soy la doctora Aurea Xeixa, terrícola, hembra. El planeta Tierra del que procedo es el tercero del sistema estelar que nosotros llamamos Sol.

La mente reflejó un mapa estelar para que lo que ella veía como una fotografía dentro de su cerebro, pudieran verlo ellos también.

Luego, de viva voz, dijo:

—Queremos ser vuestros amigos. Nuestro encuentro ha sido difícil y desgraciado, pero todos podemos rectificar.

Los alienígenas la miraban sin transmitir nada con sus poderosos cerebros.

Aurea se sentía cohibida frente a aquellos seres tan extraños, con

una mentalidad que debía ser radicalmente distinta a la suya.

El profesor Andreiev, cautelosamente, entró tras ella. No deseaba dejarla sola ante lo que podía ser un gran peligro.

Uno de los alienígenas se puso en pie bruscamente, sostenido por los largos tentáculos que se habían tensado como alambres. Tenían una apariencia que estaba a medio camino entre lo vegetal y lo animal, pero aquellos ojos fríos e inquisitivos les delataban como animales y animales muy evolucionados.

Instintivamente, Aurea dio un paso atrás, cuando…

—¡Agggh!

El profesor Andreiev, que se había acercado a una de las paredes, no tuvo tiempo material para escapar del ataque de uno de aquellos seres que le envolvió con sus raíces tentaculares, como atrapándole dentro de una densa malla de la que no podía escapar y en la que sobresalía la enorme cabeza mientras lanzaba los extraños pitidos, pitidos que fueron coreados por los demás.

Aurea Xeixa quiso avanzar hacia el profesor Andreiev para ayudarle, pero dos de aquellos seres se le interpusieron.

—¡Auxilio! ¡La guardia, la guardia! —gritó Xeixa.

No tardaron en aparecer dos milicianos armados que apuntaron con sus armas a los alienígenas.

Estos retrocedieron de inmediato; sabían muy bien lo que significaban las armas que les apuntaban.

El profesor Andreiev cayó al suelo; el alienígena que le había atrapado acababa de soltarlo y Aurea lo señaló.

—¡Es aquél, aquél! —exclamó.

Los milicianos dudaron. Los alienígenas se movieron, cambiando de posición, de tal forma que llegaron a confundir a los terrícolas, que se dieron cuenta que ya no podían identificar al culpable del ataque.

A la alarma acudieron más milicianos armados y el doctor Andreiev fue sacado de la celda, que quedó cerrada de nuevo con la gruesa puerta de cristal.

—¡Profesor, profesor!

El científico yacía en la camilla en la que le trasladaron a la enfermería de aquel refugio situado bajo el océano helado de hielo carbónico.

Tenía multitud de marcas en su rostro, en sus manos.

Su ropa se veía como cortada y cuando lo pusieron en la mesa de chequeos y le quitaron las ropas, observaron que su cuerpo estaba completamente llagado; le faltaba piel y carne en muchos de sus lugares.

—Es horrible —gimió Aurea—, horrible, y todo por mi culpa.

El general Hower le puso una mano sobre el hombro.

—No es culpa suya, doctora —le consoló.

—Si yo no hubiera entrado en la celda, él no habría ido tras de mí.

—Usted tenía que conseguir comunicarse con ellos, lo que al parecer no es nada fácil.

—¿Morirá el profesor Andreiev?

—No lo sé. Su cuerpo está muy mal. Es terrible la capacidad que tienen estos seres para devorar con sus raíces tentaculares; sin embargo, hay algo importante.

—¿El qué, general?

—A usted, doctora, no la han atacado y podían haberlo hecho.

Aurea recapacitó y comprendió que era cierto. Aquellos seres la habían respetado, ¿por qué? ¿Porque era una mujer?

Quizá la reservaran para comunicarse con ella cuando les conviniera, pues se habían dado cuenta de que con la doctora podían hacerlo, pero siempre que ellos lo consideraran oportuno.

CAPITULO VII

Mientras Robert Zel se internaba en los laboratorios centrales de investigación, pertenecientes a la colonia terrícola en el sistema Kwong, Bio-T se quedó en el estacionamiento, vigilando el vehículo.

De pronto, Bio-T se fijó en una bella mujer que llevaba un perrito, como si lo estuviera paseando.

El ojo electrónico del robot fue detrás de la mujer, de sus curvas anatómicas.

El perrito semejó intuir que su ama era observada de forma especial y se volvió para gruñir, mostrando sus pequeños colmillos a aquel androide de metal y cristal.

—Déjalo tranquilo, «Gussi». ¿No ves que sólo es un robot? —le dijo ella al chucho, como si éste fuera capaz de comprenderlo.

Bio-T, con su voz de bocina, pero en tono apagado, como humillado, dijo:

—Positivo, positivo.

Lo que en aquellos momentos ignoraba el robot es que tras él se acercaba alguien con intenciones nada felices respecto a su cuerpo de metal y materia orgánica.

Sorrient efectuó un disparo que produjo un extraño sonido.

Fuera lo que fuese, era invisible, pero dio en el blanco. El robot, tras irnos movimientos que podían calificarse de espasmódicos, se quedó quieto, sin reaccionar.

Sorrient se le acercó por detrás. Se hallaban en el estacionamiento, entre varios vehículos.

—Ahora verás.

Sorrient sacó de su bolsillo una especie de lápiz con el que apuntó en lo que podía considerarse la cerviz del robot.

Brotó un afilado rayo láser que cortó el cierre de la cabeza. La levantó, haciéndola inclinarse sobre el pecho, ya que tenía unas bisagras. Sorrient parecía conocer muy bien aquel tipo de robots.

Quedaron al descubierto unos circuitos impresos, relés, muelles, cables flexibles, pero lo que interesaba a Sorrient era un cartucho de órdenes.

Lo extrajo y colocó otro del mismo tamaño aunque con muy distinto contenido.

Lo puso en el sitio del primero y volvió a poner la cabeza de

cristal en la forma adecuada, sujetándola con un punto de soldadura láser.

—Dentro de pocos minutos te recuperarás y actuarás según las nuevas órdenes que tienes dentro de tu programador. Es perfecto. El robot descontrolado matará a su propio amo.

Sonriendo con aquella larga boca que poseía, se alejó entre los vehículos.

Pasaron los minutos. Sorrient había desaparecido y todo estaba normal.

El secuaz de Gregory Jull había actuado con rapidez y efectividad, nadie se había percatado de lo que había hecho gracias a que el robot se hallaba entre dos vehículos y uno era suficientemente alto como para que no se viera nada de lo ocurrido que, por otra parte, tampoco habría llamado la atención.

Era corriente que cualquier terrícola fuera acompañado de un robot y le cambiara algunas órdenes o pusiera en marcha un automático que hubiese saltado a causa de algún cortocircuito.

Bio-T se puso en marcha, abandonando el área de estacionamiento.

Mientras, dentro del centro, Robert Zel mantenía una entrevista con el jefe de los servicios de análisis.

—¿Seguro?

—Sí, comandante Zel, seguro. Son vestigios de restos humanos.

—¿Y qué más han podido averiguar?

—De las muestras que nos han traído, sólo hemos encontrado cromosomas XY.

—¿Masculinos?

—Exacto.

—¿Ninguno femenino?

—Ninguno. La verdad es que las muestras eran tan escasas, tan microscópicas y quemadas, que resultaba muy difícil averiguar algo. Podemos caer en el error, evidentemente, nos harían falta más muestras. No obstante, yo aseguraría que se trata de residuos de una desintegración en micropartículas quemadas correspondientes a un ser de nuestra especie y del sexo masculino.

—Bien, es lo que deseaba saber.

—Si le ha servido de algo.

—Sí, creo que sí.

—Siempre a su disposición, comandante Zel. La placa de identificación que lleva consigo le da derecho de prioridad sobre cualquier otro asunto, supongo que los motivos son altos secretos.

—Así es, lamento no poder decirle nada.

—Lo comprendo. Yo, en su lugar, haría lo mismo. Ya sabe que para cualquier análisis que precise este centro estará a su completa disposición.

Robert Zel estrechó la mano del científico que le acompañó hasta la puerta.

Al llegar al amplio y pulido vestíbulo, descubrió al robot al que identificó de inmediato como Bio-T, pues aunque hacía otros aparentemente iguales, Bio-T llevaba unas franjas amarillas pintadas en el brazo que le hacían reconocible a mucha distancia.

El robot hizo girar su cabeza de cristal. Con su ojo electrónico enfocó la figura de Robert Zel y disparó en el momento justo en que por su lado, sin intuir lo que iba a suceder, pasaba una bellísima joven que lucía sus piernas al desnudo.

Aquella presencia femenina junto al robot, una presencia que además debía ir envuelta en un vaho perfumado, hizo que la cabeza de Bio-T oscilara.

Robert Zel había observado algo anormal en su robot, lo que le hizo fruncir el ceño.

Debido a la presencia tan próxima de una mujer que casi rozó al robot, el rayo mortífero falló. Robert Zel se arrojó al suelo al tiempo que desenfundaba su pistola polivalente.

—¡Bio-T, soy el comandante Zel, detente!

Bio-T volvió a buscarle, pero en medio de la gran confusión que se produjo en el vestíbulo, Robert Zel saltó por encima de un mostrador mientras el rayo letal destrozaba gran parte del mismo, buscando aniquilar a Zel que se hallaba detrás.

Se produjo la alarma general en el centro de investigación, el robot semejaba haber enloquecido.

Zel disparó su arma contra una de las piernas del robot, lo que le hizo caer al partirse en dos.

Bio-T cayó pesadamente al suelo. Él no tenía la capacidad de reacción de un ser humano, era mucho más pesado; sin embargo, continuó disparando su rayo mortal, que destruyó parte de la techumbre.

—Lo siento, Bio-T.

El disparo de Zel dio en la cabeza de cristal que estalló y el robot quedó totalmente inmóvil.

Cuando Robert Zel, con su pistola en la mano, se acercó al caído robot, lo miró y sintió pena por él.

—Pareces chatarra, Bio-T.

Acababa de llegar un vehículo policial y varios agentes armados irrumpieron en el gran vestíbulo del laboratorio general de investigaciones.

—¿Qué sucede? —preguntó el oficial que comandaba las fuerzas policiales.

—Ahora nada. Parece que este robot ha tenido un error de circuitos, es como si hubiera enloquecido de pronto.

Los agentes miraron en derredor, el destrozo ocasionado era más que visible. El vestíbulo había quedado en un estado lamentable.

—¿De quién es el robot?

—Mío.

—Pues tendrá que acompañamos a la estación de policía.

—Un momento, oficial —le pidió Zel. Sacando la placa identificadora que le entregara el presidente Bennet, se la mostró.

El oficial de policía la observó y luego se la devolvió, saludándole como a un superior.

—A sus órdenes, comandante Zel. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Ayúdenme a llevar a este robot escacharrado al laboratorio de ingeniería.

—En seguida, comandante Zel. Precisamente está de camino una ambulancia.

—Magnífico, así no perderemos tiempo.

Robert Zel miró entonces a la joven y bella mujer de las piernas desnudas que aún parecía asustada. Se acercó a ella, le dio un beso en los labios y le dijo:

—Tu encanto de mujer me ha salvado la vida.

—¿Mi encanto de mujer? No entiendo —dijo, desconcertada, pero halagada.

Zel pensó que sería demasiado complicado explicarle a aquella chica que él tenía o mejor, había tenido, un robot al que le gustaban las mujeres.

Jamás había podido explicarse el porqué, el caso es que así era. ¿Un defecto de fabricación? ¿Quién lo sabía en realidad?

En aquel momento pudo oírse el ulular de la sirena de la ambulancia que estaba llegando.

CAPITULO VIII

—¿No has conseguido nada?

La pregunta de Robert Zel a Aurea Xeixa no tenía ningún tono de reproche, simplemente deseaba saber.

—Nada, es decir, el profesor Andreiev está muy grave.

—¿Morirá?

—Deseo que no, pero...

—Queda claro que esos alienígenas son muy agresivos.

—Están prisioneros y su mentalidad es distinta a la nuestra. ¿Cómo podemos saber lo que piensan?

—De todos modos, llegaron atacando. También queda claro que son carnívoros y que no les sabría mal alimentarse a costa de nuestras chuletas.

—No bromees, Zel, la situación es grave.

—Sí, ya lo sé, han tratado de asesinarme.

—¿A ti?

—Sí, la cosa ha quedado como un accidente fortuito.

—No sabía nada.

—Que un robot se descontrole y cometa torpezas no es nada nuevo. Bio-T ha destrozado el vestíbulo del centro de laboratorios de investigación.

—Estoy tan preocupada que no visiono los noticiarios.

—He llevado el robot a analizar y hemos descubierto que le habían cambiado la *cassette* de programación. Le habían quitado la ordinaria que llevaba, sustituyén dola por otra en la que claramente está la orden de asesinarme allá donde quiera que me encuentre.

—¿Es posible?

—Sí, lo es, tengo la *cassette* en mi poder ahora.

—¿Quién ha podido hacer tal cosa?

—Tengo una ligera idea, pero me faltan pruebas. Y sospecho que está relacionado con la desaparición del Ballet de las Vestales.

—¿Y qué tiene que ver la desaparición del Ballet de las Vestales con los alienígenas?

—No está nada claro aún, pero creo que existe una conexión.

—¿Por qué no te explicas mejor?

—Ahora no puede ser.

—¿Por qué? —insistió Aurea.

—Porque no tengo ninguna prueba. El cosmobús que debían haber utilizado las vestales se desintegró; sin embargo, estoy convencido de que ellas no se hallaban dentro.

—¿No había nadie?

—Sí, alguien sí, quizá Enrico Paolo.

—¿Enrico Paolo? ¿No es su director?

—Exacto, pero ellas han desaparecido y tengo la sospecha de que hayan sido raptadas.

—¿Por quién?

—¿No te lo imaginas?

—¿Los alienígenas?

—Quién sabe.

—Pero, eso es imposible, ellos no han llegado al planeta Kwong. Hay un cerco muy duro de suprarradar que los hubiera detectado.

—Quién sabe de qué forma operan. Ahora, vamos.

—¿Vamos, quién?

—Tú conmigo. Ya sabes que tienes orden de colaborar conmigo en lo que yo juzgue necesario.

—Pero irnos… ¿Adónde?

—Ya lo verás.

—Es que yo tengo mucho que hacer aquí en este centro de seguridad.

—¿Mucho que hacer? ¿Te refieres a velar por la vida del profesor Andreiev?

—Entre otras cosas.

—El que estés tú cerca no va a salvarle la vida. Hay gente que se ocupará de él, tú tienes otra misión.

Se sintió cogida por el brazo y casi arrastrada hacia un corredor.

—Es que me siento responsable…

—Todos somos responsables de algo y no por eso hemos de estar lamentándonos toda la vida. Ahora, te vienes conmigo.

—Me haces daño —protestó ella.

Robert Zel la soltó. Se enfrentó a Aurea y le dijo, sin ambages:

—No te comportes como una niña mimada, eres una mujer, una científico en parapsicología. ¿Tienes poderes paranormales?

—Como todo el mundo.

—Bueno, básicamente así será, pero tú te has ejercitado.

—Sí, eso sí.

—Entonces, vámonos.

—Un momento, Zel. Los alienígenas están aquí abajo encerrados y si me he de comunicar con ellos...

—Con esos que hay encerrados no te vas a comunicar, ya has visto la resistencia que oponen y yo diría que están seguros de que de una forma u otra van a ser liberados; es más, casi tengo la certeza de que pese al medio millar de metros de espesor de hielo carbónico que tenemos encima de nuestras cabezas, ellos están comunicándose con los suyos.

—Es probable, la telepatía lo traspasa todo.

—Bien, vámonos.

—Todavía no me has dicho adónde.

—A mi cosmonave.

—Es que no estoy preparada.

—Ya lo creo que sí. Te pones el traje de supervivencia espacial y nos largaremos en un *atom-hovercraft* ahora mismo.

—Está bien. Tú eres el jefe de la misión en lo que respecta a descubrirlos, pero...

—No hay peros.

Los ojos femeninos llamearon, no estaba acostumbrada a aquella forma tajante de recibir órdenes.

Se sentía violenta ante Robert Zel, quizá porque frente a él sentía su propia debilidad física.

Se daba cuenta de que corría el riesgo de ser dominada, de caer entre sus brazos. Desde el primer momento había sentido una atracción hacia él que trató de dominar transformándola poco a poco en un odio no manifestado, un odio que dejaba traslucir como arrogancia, casi desprecio, pero ese odio no hallaba un cobijo placentero en ella.

La realidad es que le era muy difícil odiar al hombre de cuya boca estaba segura deseaba oír palabras amables, palabras de amor y ronroneos de deseo.

No tardó en verse vestida con el traje de supervivencia espacial y en el vehículo pilotado por el propio Robert Zel llegaron al funcional astropuerto de la luna K-3.

Había ahora más naves bélicas y los propios milicianos se hallaban en completa actividad. No había permiso de ocio para ninguno de ellos y las guardias estaban redobladas.

La Gatzara-73 aguardaba allí, majestuosa.

Francesc y Vittorio estaban a bordo y la cosmonave, a punto de partir.

—Muchachos, os presento a la doctora Xeixa.

Vittorio silbó admirativo y ella misma, después de quitarse el casco, dijo:

—No me hace ninguna gracia.

—Parece un poco arisca, ¿eh, Zel? —rezongó Vittorio delante de ella, como si no tuviera la menor importancia.

—A mi, plin —añadió Francesc—. Tengo muchas chicas esperándome ansiosas en Kwong.

—Vaya ambiente, no podía ser mejor.

—No te apures, Aurea, tenemos otro personaje que es algo distinto —le observó Robert.

En aquel instante entraba Valery en la sala de mandos, vestido con su larga túnica y los cabellos alborotados. Su rostro estaba ahora bien maquillado, aunque él olía un poco a alcohol.

—Pero, niños, queridos míos, ¿podéis decirme qué hago yo aquí?

Aurea Xeixa se le quedó mirando, perpleja.

—¿Viajáis con él?

—Anda ésta, ¿qué se ha creído? A lo peor piensa mal de mí —protestó Valery ante las palabras de Aurea.

Esta se excusó:

—No he querido ofenderte, pero como precisamente se están haciendo los machistas.

—Sí, eso sí, machos lo son —dijo en tono como confidencial—, sólo hay que verlos.

—Oye, Valery, no me palpes el brazo, que me haces cosquillas —protestó Francesc.

—Presumen mucho, pero son unos chicos muy vergonzosos —opinó Valery mientras se rascaba el lóbulo de una oreja con las uñas del índice y el pulgar al mismo tiempo.

—Valery, te hemos traído porque nos hemos quedado sin robot.

—¿Cómo? —exclamó.

—Bio-T está escacharrado en la clínica de androides —le explicó Robert Zel.

—No será verdad eso de que he de ocupar el puesto de un robot, ¿verdad? —se escandalizó.

—Bio-T era muy efectivo; veremos qué tal te portas tú.

—¡Exijo que me devolváis al planeta Kwong! A mí no me gusta viajar por el espacio. Las estrellas son preciosas —decía con su tono afectado y altamente afeminado— me gustan mucho, pero me mareo.

—Tenderos en las literas, vamos a despegar.

—¿Y adónde vamos? —quiso saber Valery.

—A buscar a las niñas.

—¿Qué niñas?

—Las Vestales.

—¿Las vestales? Si están, si están... —se puso a sollozar convulsivamente.

—Puede que las vestales estén vivas, Valery. No llores tanto que va a aumentar el tanto por ciento de humedad dentro de la cosmonave.

La cosmonave Gatzara-73 se elevó, despegando del astropuerto de la lima K-3. Saltó al espacio sideral y, automáticamente, quedó en funcionamiento la gravedad artificial.

—¿Cuál es el rumbo? —preguntó Francesc.

—Cero siete, cuatro dos, uno uno.

Francesc parpadeó, objetando:

—Es el sentido inverso a la órbita del planeta Kwong.

—Exacto. Nuestro objetivo es la *Grant-Rich.*

—¿La *Grant-Rich*? —preguntó Vittorio—. ¿No es ésa la cosmonave de Gregory Jull?

—Sí.

—¿La *Grant-Rich*? ¡Ah —gritó Valery—, allí tenían que ir las niñas.

—¿Qué te parece si te ponemos un traje espacial, Valery? —le preguntó Zel.

—¿Yo un traje espacial? Oh, no, estaría horrible, horrible. A mí me sacas de mi túnica y parezco un arenque ahumado, eso sí, bien cuidado. No me gustan nada, nada, los trajes espaciales, la hacen a una muy gorda, terriblemente gorda. ¡Qué horror!

—Yo no sé por qué lo has traído a la cosmonave —gruñó Vittorio dirigiéndose a Robert Zel—. El sólo sabe crear espectáculos de danza, son magníficos y yo me lo paso muy bien viéndolos, pero meter a Valery dentro de un traje espacial será la monda.

—Claro que sí, a mí no me vestiréis de gorda a la fuerza. Me quejaré, me habéis traído aquí con engaños, sí, sí, con engaños. Yo no conocía vuestras desvergonzadas y sádicas intenciones y precisamente ahora que estoy tan acongojada. Si ya lo dije yo, siempre tengo mala, muy mala suerte. Me parieron de camino a Plutón y eso trae mala suerte, me lo dijeron en mi horóscopo.

CAPITULO IX

—¡Estúpido!

Los ojos de Gregory Jull fulguraban de ira. Sorrient esquivaba su mirada, en aquellos momentos le temía.

—No sé cómo ha podido evitar que le maten.

—Te advertí que liquidar a Robert Zel era muy difícil, no es un tipo vulgar, tiene mil vidas. ¿Por qué crees, si no, que le encargan las misiones más arriesgadas?

—Sí, pero su muerte estaba perfectamente programada en la *cassette* que introduje dentro de la computadora de su robot. El comandante Zel no tenía por qué recelar de él.

—Pues ha escapado con vida.

—Intentaremos otro plan.

—Espero que la próxima vez no falles.

—¿Tan duro es el comandante Zel? —preguntó Ondina, sentada en el trono del propio Gregory Jull.

Parecía que ya no podía pasar sin ir cargada de gemas que lanzasen destellos. Su cuerpo hermosísimo quedaba realzado por el fulgor de tantas piedras preciosas.

Su sensualidad había aumentado y la codicia y la ambición anidaban en sus pupilas y también había algo más, algo muy escondido que era casi imposible desentrañar.

—Robert Zel es un tipo que cree poder hacerlo todo. Trató de destruirme, pero no lo consiguió.

—Tampoco has podido destruirle tú a él ahora.

—Ha sido sólo una primera intentona. Por otra parte, yo no quiero descender a la metrópoli. Llegaré a ella cuando sea su emperador.

—¿Crees que eso lo conseguirás alguna vez? —le preguntó Ondina entre burlona y desafiante.

Se había adaptado totalmente a su nueva situación; ya no era la superestar del Ballet de las Vestales; era una mujer que se sometía a todos los caprichos de su amo, pero también sabía influir en él para prepararse un futuro.

—No vivirá muchas horas más —prometió Sorrient.

—Eso es lo que esperan mis invitados.

—¿Tus invitados? —preguntó Ondina, desconcertada.

—Sí, claro, te los voy a presentar. Precisamente tengo que ir a verlos, nos están esperando.

Ondina se levantó, movió su capa y se dejó conducir por Gregory Jull.

Gregory Jull abrió una doble compuerta e hizo pasar a Ondina.

Sorrient se quedó al otro lado de las compuertas. El custodiaba la cosmonave *Grant-Rich* cuando Gregory Jull se lo mandaba; por otra parte, su labor no era difícil debido a la alta tecnificación de la nave.

En realidad, Sorrient ignoraba el rumbo que llevaba la *Grant-Rich*; éste sólo lo conocía el propio Gregory Jull, que lo programaba en la computadora central.

Ondina observó aquel aislamiento. Miró la sala, no era muy grande y carecía de ventanas. En una pared había unos luminosos que podían ser controles y unos mandos. En el centro de la estancia, una plataforma circular.

—¿Qué es esto? —preguntó Ondina.

—Un regalo que me hicieron.

—¿Un regalo?

—Sí, un regalo de los nuevos amos de la galaxia.

La joven parpadeó, incrédula, y miró a Gregory Jull como si éste se hubiera vuelto loco.

—¿Los amos de la galaxia?

—No somos los únicos seres de la galaxia, Ondina.

—Sí, ya lo sé.

—Hay civilizaciones mucho más evolucionadas y avanzadas que la nuestra.

—Lo supongo.

—Los más poderosos siempre terminan imponiéndose a los débiles.

—Eso sería un crimen.

—Sí, es posible que fuera un crimen, pero es lo que ha sucedido siempre, basta con mirar a nuestra propia civilización terrícola. Los poderosos se han impuesto a los débiles, los han aplastado, robado, asesinado, y eso ha merecido el nombre de «gloriosas conquistas» y lo han escrito en los libros. Lo han dejado grabado en las videotecas y audiotecas. «Gloria para los conquistadores». Y ya sabes, la gloria de los conquistadores siempre se ha logrado aplastando a los débiles, a los que poseían una tecnología inferior. Las razas inferiores

siempre han acabado sometidas por las superiores.

—Pero a lo largo de la historia los ha habido que han resistido.

Ante la réplica de Ondina, él puntualizó:

—Sí, han resistido hasta la muerte como los espartanos en la batalla de las Termópilas o los numantinos españoles masacrados por los conquistadores romanos. Ejemplos así los ha habido y muchos, pero siempre con la muerte total de los que se resistían al genocidio y no es necesaria, es preferible adaptarse a las circunstancias.

—¿Quieres decir que hay otros seres que pretenden conquistarnos?

—Sí, esos seres existen. Siempre hemos temido su presencia, siempre se ha hablado de su posible llegada, y esa llegada, para bien o para mal, al fin se ha producido.

—No es posible.

—Sí, esta máquina me la han regalado ellos.

—¿Los alienígenas te la han regalado a ti?

—Sí, porque soy comprensivo y sé adaptarme a las nuevas circunstancias. Hay que saber adaptarse o morir y yo no quiero morir.

—¿Y ellos, dónde están?

—Ven conmigo y te los presentaré. Tú también te salvarás siempre que no olvides que soy tu amo y señor. De lo contrario, reservaré para ti la más horrible de las muertes.

Ondina se fijó en el dedo índice diestro de Gregory Jull, que pulsaba como una serie de botones. Después, volvió a coger a Ondina de la mano y le pidió:

—Ven conmigo y obedece. Has de obedecer en todo y para todo, no lo olvides, de ello depende tu vida.

Ondina comprendía que aquello era cierto. Había escapado a la muerte a cambio de entregarse totalmente a aquel hombre al que odiaba.

Su humillación, su degradación como ser humano, había sido total y trataba de compensarla con el lujo con que el propio Gregory Jull la rodeaba.

Gregory Jull poseía grandes riquezas en su cosmonave *Grant-Rich,* pero ella no era tan tonta como para no darse cuenta de que aunque estuviera vestida de brillantes, esmeraldas, rubíes, perlas y

pieles, todo ello no le pertenecía.

No, no era tan tonta y sabía que todo era propiedad de él y si caía en desgracia, se lo quitaría todo, absolutamente todo y luego ella, en completa desnudez, sería condenada a una muerte horrible.

Ondina había tratado de visitar todas las dependencias de la cosmonave *Grant-Rich,* pero pronto se había dado cuenta de que muchas eran las que le estaban vedadas y no podía abrirlas, pues carecía de las claves necesarias.

Tenía que limitarse a vagar por donde él le había indicado.

No podía decir que le faltase nada, pero se sentía encerrada. Vivir dentro de una cosmonave, por lujosa que ésta fuera, no era lo mismo que su vida anterior, viajando de un lugar a otro casi constantemente.

Alrededor de su cuerpo, desde el techo, Ondina vio bajar un cilindro de cristal verdoso que los encerró a ambos.

No sintió miedo porque el propio Gregory Jull se ha-

liaba junto a ella, también encerrado, y no iba a ser tan imbécil como para meterse él mismo en una trampa que pudiera perjudicarle. Por tanto, juntos, nada grave podía ocurrirles.

Cuando hubieron quedado herméticamente encerrados, todo el proceso posterior se realizó en forma automática.

De pronto, del techo comenzó a fluir una luz que, segundo a segundo, se fue haciendo más intensa.

Ondina, acostumbrada a la luz de los focos, notó que ésta era más intensa y un calor nada agradable la invadió. Comenzó a notar que su cuerpo se desintegraba y el miedo le subió desde el estómago.

A su lado, Gregory Jull también se desintegraba lentamente, sin dejar de sonreír.

Hubo unos instantes oscuros, como de somnolencia, y Ondina volvió a ver cómo su cuerpo se rehacía.

El cristal verde siguió envolviéndoles. Después, se elevó automáticamente y la mujer parpadeó, dándose cuenta de que no se hallaban en la misma estancia en la que entraran con anterioridad.

Era una sala más amplia y, de pronto, vio a unos seres frente a ella que, por su aspecto, consiguieron que se le apretara el corazón de espanto, que le dolieran las vísceras.

Eran seres cuyo aspecto recordaba a las medusas, sostenidos

sobre múltiples raíces tentaculares. Poseían una gran cabeza con cuatro ojos geométricamente distribuidos y pupilas elípticas en vertical que eran barridas lentamente por una especie de membranas limpiadoras que debían humedecer el ojo.

—¿Qué son? —preguntó Ondina apenas sin voz, notando que su mano se apretaba contra la de Gregory Jull..

—Son los Gelon, los amos de la Galaxia, los nuevos conquistadores. Hay que someterse a ellos o morir.

—Yo no quiero morir —balbuceó Ondina viendo que por la puerta asomaban más seres gelon, seres que le repugnaban y con los que no creía tener ningún tipo de similitud.

— Tú no quieres morir, lo mismo que yo, por eso he pactado con ellos.

—¿Pactado?

—Sí, pactado, y ten cuidado con lo que piensas, porque ellos poseen el poder de leer en nuestras mentes como nosotros podemos leer en una pantalla de televisión y precisamente por eso saben que pueden confiar en mí.

Gregory Jull la sacó de la plataforma circular en la que sus cuerpos, después de convertirse en energía en la cosmonave *Grant-Rich,* habían recuperado su corporeidad en la cosmonave de los gelon.

Había sido un viaje a través del espacio convertidos en energía, un viaje en el que prácticamente no habían utilizado tiempo ni sensaciones.

Ni siquiera Sorrient sabía que su amo y Ondina habían abandonado la cosmonave *Grant-Rich.*

—¿Esta cosmonave es de ellos?

—Sí, es de los gelon y está llena de ellos. Es una cosmonave muy avanzada. No ha llegado aún el momento de la invasión, pero cuando llegue, nuestras milicias no podrán resistir la conquista de los gelon y sólo los que se sometan sobrevivirán. A mí me ha sido conferido el alto honor de ser el rey de los sometidos.

Pasaron entre los alienígenas. Ondina se sentía inquieta; temía que en cualquier instante alguno de los gelon tendiera hacia ella sus largos tentáculos sobre los que sostenían sus enormes cabezas.

Llegaron a un gran salón donde la pared formaba un arco.

Había una piscina de aguas amarillentas sobre las que flotaba

una especie de gran huevo y sobre éste había uno de ellos, apretando el huevo con todas sus raíces, flotando sobre las aguas que a Ondina le parecieron viscosas.

—Ondina, estamos frente al emperador Gelon.

CAPITULO X

La cosmonave *Gatzara-73* puso en marcha con impulsos cortos los motores de babor. De esta forma, comenzó a girar en tomo a la *Grant-Rich,* a una distancia prudencial para evitar cualquier peligro de colisión.

Sorrient les vigilaba por la pantalla. Los sistemas de radar controlaban la distancia y velocidad de la cosmonave *Gatzara-73* y Sorrient lanzó un gruñido de rabia con su extraña y alargada mandíbula, como si fuera de perro o de oso.

Él no tenía facultades para cambiar el rumbo de la *Grant-Rich* y tampoco podía advertir de lo que sucedía a su amo Gregory Jull porque éste se había encerrado en la estancia a la que a él le estaba prohibido acceder; incluso, se le había prohibido llamar a su puerta.

Sorrient sabía que cuando Gregory Jull se encerraba allí, no podía molestarle para nada en absoluto. Tenía que esperar a que él saliera por aquella puerta herméticamente cerrada.

Sorrient ignoraba que desde allí su amo saltaba al espacio, convertido en energía, hasta la cosmonave alienígena donde volvía a tomar cuerpo y para el regreso, sucedía exactamente lo mismo.

Mientras, en la cosmonave *Gatzara-73* a cuyo frente estaba el comandante Zel, había una gran actividad interior.

—La tenemos cercada —dijo Francesc.

Por su parte, Vittorio dijo:

—Cualquier cosa que se le acerque será detectada de inmediato.

—¿Esa es la *Grant-Rich*? —preguntó Valery con su habitual tono afectado y sin desprenderse de la larga túnica que le llegaba hasta los pies y que hacía que su cuerpo pareciera más delgado de lo que realmente era.

—Sí, ésa es la *Grant-Rich.*

—¿Tan lujosa es por dentro como dicen?

Vittorio respondió:

—Eso se comenta, aunque el granuja de Gregory Jull no permite que se le acerquen. Por cierto, es raro que no esté chillando por nuestra proximidad.

—Es cierto —asintió Robert Zel.

—Quizá esté en período de descanso.

Valery preguntó:

—¿Cuántos servidores tiene?

—Pocos o ninguno —explicó Vittorio—. Esa cosmonave está totalmente automatizada. Posee los mejores robots no androides que efectúan todas las labores que en otras cosmonaves pueden hacer los humanos.

—¿Y de verdad pueden estar ahí mis niñas?

Nadie le respondió.

Robert Zel se llevó consigo a Aurea Xeixa.

—¿Adónde vamos? —preguntó la mujer.

—En esta cosmonave tengo un camarote muy especial; es mi burbuja, mi lugar de meditación.

—¿Tu lugar de meditación?

—Sí. Aunque no lo creas, yo también medito, ven conmigo.

La tomó de la mano y Aurea Xeixa se dejó llevar.

Por una plataforma elevadora subieron a un corredor al final del cual se enfrentaron con una angosta escalera metálica de caracol.

Subieron por ella y entraron en una estancia casi circular, algo menor de cuatro metros de diámetro. Había una litera automática en el centro y al alcance de quien pudiera estar allí tendido, unos mandos.

Cuando Robert Zel cerró la puerta, aislándose del resto del mundo, iluminados por una tenue luz azulada, ella se le encaró, preguntando:

—¿Qué significa este lugar?

—Ya te he dicho, es mi reducto de meditación.

—A mí me parece una trampa.

—¿Trampa, para qué?

—Para incautas como yo.

—¿Temes que te haya traído aquí para abusar de ti?

—Bueno…

—Anda, no seas tonta y tiéndete en la litera.

—¿Y si no quiero?

—¿Te niegas a colaborar?

—¿A colaborar a qué?

—¿Me tienes miedo?

—No le tengo miedo a nadie, pero tampoco quiero pasar por tonta.

—Tus recelos te hacen pasar como tal.

—Zel, no consiento que…

Él se le acercó y extendió sus manos. Cogiéndola por la cintura le dijo, simple y llanamente:

—¿No ves que si quisiera besarte podría hacerlo así?

La besó en los labios. Xeixa quiso retroceder y Zel notó en sus manos el temblor del cuerpo femenino que se debatía entre la negativa impuesta por la mente de la doctora y el deseo de la mujer.

Cuando él dio por terminada la caricia labial se encontró con unos ojos furiosos, unos ojos que reflejaban más rabia contra sí misma por no haber impedido la caricia que por ser besada por el hombre.

El intento por parte de él podía considerarlo como algo natural; incluso, de no haberlo intentado jamás, ella se habría sentido frustrada como mujer.

Aurea ejercía una atracción indudable sobre el hombre, pero es que el hombre también rompía su resistencia, hasta tal punto que era un esfuerzo terrible conservarse serena y no cubrirlo de besos, suplicándole que la hiciera suya.

—No temas, Aurea, no te he traído aquí para satisfacer mis deseos. Me gustas, está claro que me gustas, y es más, te haré mía, totalmente mía.

—Estás demasiado seguro de lo que dices.

—Sí.

—¿Por qué? —inquirió ella, desafiante.

—Porque veo en tus ojos el deseo de que nos acostemos juntos.

Aurea lanzó una fuerte bofetada hacia el rostro del hombre, pero su mano no llegó a la mejilla masculina. Con sus reflejos rapidísimos, Robert había atrapado la muñeca femenina en el aire, deteniéndola con una fuerza contra la que ella nada podía.

—Guarda esta bofetada para otro momento, tú y yo seguiremos hablando. Nada más verte pensé que tendríamos problemas, porque eres muy altiva y arrogante, no soportas el machismo. Yo creo que en muchas cosas, la mayoría, somos iguales el hombre y la mujer, pero, por suerte, en otras somos diferentes. Amo el feminismo y no el feminismo de hacemos la guerra.

—Tú lo que quieres es una mujer para usar y…

—¿Tirar?

—Suéltame, me haces daño.

—No digas tonterías. Lo que es bueno, si se toma con placer, se desea repetir una y otra vez.

—Todo cansa.

—Yo creo que todo, no. Adoro viajar por entre las estrellas. Además, en el mismo caso estás tú, que puedes cansarte del hombre que te ame.

—¿Por qué no dejamos este asunto?

—Bien, lo aplazamos. Aurea, tú eres más hermosa de lo que quieres dejar ver, lo que sucede es que tienes miedo de aparecer terriblemente sensual, con los cabellos sueltos, con tu hermoso cuerpo visible a mis ojos, con unos movimientos sensuales que no tienen por qué ser reprobables, porque el hombre y la mujer somos diferentes para poder unirnos con placer y gozar de esa unión.

—Me hablas de una forma como si estuviera dominada por ti.

—En absoluto. Incluso, no sé por qué te he hablado como lo he hecho.

—Sólo me falta que me digas que tienes las mujeres que deseas.

—No puedo quejarme; pero, dejemos ese tema.

—Sí, será mejor. Hemos de colaborar juntos, tenemos una misión muchísimo más importante que decirnos estupideces mutuamente.

—Tiéndete en la litera.

—¿Sigues insistiendo?

—Pero ¿es que crees que te voy a…? —la cogió entre sus brazos, con una actitud cínico burlona.

—Suéltame.

Pese a resistirse, Aurea Xeixa se vio sobre la litera.

Nada había podido contra los brazos varoniles, unos brazos musculados y fuertes que la dominaron haciéndole sentir su propia debilidad.

—Relájate, porque aquí vas a meditar.

Pulsó un botón y el techo se abrió en dos mitades. Más que un techo, todo lo que rodeaba a Aurea Xeixa era una media esfera de cristal dentro de la cual se hallaban ambos, y, en el centro, la litera en la que yacía tendida boca arriba la mujer, a quien se le llenaron los ojos de estrellas.

Mas como la cosmonave Gatzara no cesaba de moverse alrededor de la *Grant-Rich* a la que había puesto cerco, Aurea Xeixa pudo ver aparecer las limas del sistema Kwong.

Aquella visión tan espléndida del cosmos la relajó de inmediato, todo su recelo hacia el hombre se disolvió.

—Un buen lugar para meditar —aceptó.

—Magnífico, al fin comprendes.

—¿Qué es lo que quieres que medite?

—Estamos en el lugar idóneo, Aurea. Ya sé que para la telepatía no hay distancias; sin embargo, tengo la impresión de que la proximidad entre, los seres que puedan comunicarse telepáticamente resulta más favorecedora que la distancia.

—Sí, es cierto, aunque haya quien opine lo contrario —admitió ella.

—Estamos aislados aquí en esta brújula de cristal flotando en el espacio. Olvídate de que estamos unidos a la cosmonave, de que formamos parte de ella. Piensa que estás flotando en el espacio como así es, piensa que tu cuerpo no pesa.

—¿Vas a hipnotizarme?

—No, lo que pretendo es que tengas la mente lo más óptima posible para la comunicación telepática. No entiendo mucho de telepatía ni de ciencias paranormales de las que tú eres doctora, pero creo que aquí estás bien para ello.

—Sí, me siento mejor, la visión de las estrellas me relaja. Quizá sí pueda obtener la comunicación telepática en esta situación.

Robert Zel apagó la luz y quedaron sólo con la luz de las estrellas y las dos lunas de Kwong.

—Desearía que te comunicaras con las danzarinas del Ballet de las Vestales.

—¿Las danzarinas? —se asombró Aurea—. ¿Para qué quieres que me comunique con ellas? Esas pobres chicas se desintegraron en el cosmobús.

—Pienso que no se desintegraron y que están en la *Grant-Rich.* Gregory Jull tiene que ver, no sé cómo ni por qué, pero tiene que ver con los alienígenas.

—No entiendo nada.

—Sé que es difícil, pero hazme caso. Tú misma has reconocido que has encontrado una gran resistencia al comunicarte con los alienígenas que han atacado al profesor Andreiev. No tenemos rastros, pero hemos de actuar pronto. Es posible que haya una inminente invasión de esos alienígenas y las fuerzas milicianas de

refuerzo, como decía el general Hower, van a tardar en llegar.

—Si estás convencido de que las Vestales viven y de que tienen que ver con los alienígenas, haré el esfuerzo de intentar comunicarme con ellas telepáticamente.

—Magnífico. ¿Quieres que te ponga una música adecuada?

—No, mejor déjame sola.

—Prefiero estar a tu lado.

—Entonces, siéntate por ahí sin hacer ruido, no influyas en mí.

—De acuerdo —aceptó el hombre, sentándose en el suelo.

—Si me oyes hablar, si oyes que hago algún ruido gutural, no me hagas caso, quizá entre en trance. No me gusta recurrir a esta situación, jamás lo he hecho antes, pero creo que el momento es muy importante y debo correr con todos los riesgos que sean necesarios. Si los alienígenas nos atacan, podemos desaparecer como civilización.

Aurea Xeixa sabía que lo que decía Robert Zel era cierto y olvidando toda clase de recelos, se dispuso a concentrarse para tratar de obtener la comunicación telepática que él le pedía, la comunicación con las vestales.

CAPITULO XI

Ondina experimentó una sensación extraña, como si una fuerza desconocida se hubiera introducido en ella. Era una fuerza que jamás había sentido con anterioridad.

Miró en derredor.

Había docenas de aquellos seres de Gelon, tan distintos a los terrícolas.

Eran como monstruos para ella, seres que, de haberse encontrado a solas con ellos, la hubieran espeluznado, pero la presencia de Gregory Jull le infundía confianza, si no para defenderla, al menos la hacía pensar que a él no le atacarían porque era su amigo, y ella era la acompañante del traidor.

Le llamó especialmente la atención aquel ser de Gelon que se hallaba sobre el huevo que flotaba en el pequeño lago amarillento; Ondina intuyó que aquel líquido no era agua, que debía ser otra cosa, aunque ignoraba el qué.

—Gracias, emperador Gelon por haberte dignado recibirme —dijo Gregory Jull, muy servil.

—¿Te entienden? —preguntó Ondina en voz baja, casi fue un cuchicheo.

—No creo que entiendan nuestra lengua —respondió él—, pero lo que yo les digo de voz, ellos lo captan telepáticamente, porque lo que digo lo pienso también.

—¿Y las respuestas?

—Las respuestas que creo recibir, las repito en voz alta y así no hay dudas ni malas interpretaciones.

Ondina tuvo la impresión de que había otra mente dentro de la suya, pero no era una mente enemiga sino amiga, aunque no sabía cómo explicar aquella especial situación.

En principio, llegó a creer que quien se había introducido en su mente, pues notaba aquella presencia psíquica dentro de su cerebro, podía ser uno de los seres de Gelon, quizá el mismísimo emperador, pero no estaba segura.

—El gran emperador de Gelon está satisfecho de mi intervención.

—¿Tu intervención?

—Sí. Las milicias espaciales terrícolas hicieron prisioneros a unos seres de Gelon.

—No sabía nada —dijo Ondina mirando en derredor, como temiendo que aquellos seres tan extraños la atacaran.

—Sí, murió uno de los seres de Gelon, una gran desgracia; pero, al parecer, aunque les irritó mucho la pérdida, no es irreparable, ellos son muchos.

—¿Muchos? —preguntó Ondina—. ¿Cuántos?

—Tal como os expuse —dijo Gregory Jull, dirigiéndose al ser que flotaba sobre el extraño huevo—, mi plan está funcionando. Yo trabajo bien y para vosotros, para que luego no os olvidéis de mí.

—¿Qué plan? —inquirió Ondina que se sentía impelida a preguntar más de lo que habría preguntado en otras circunstancias. No se daba cuenta de que quien preguntaba no era ella en realidad, si no la otra fuerza psíquica que había entrado en su cerebro y que la estaba utilizando como médium sin que se apercibiera de ello.

—Secuestrar a las vestales, las mujeres más bellas del sistema Kwong, las más deseadas por todos los terrícolas que están acondicionando el planeta Kwong para convertirlo en nuestro segundo planeta habitable.

—¿Por qué secuestrar a las danzarinas? —preguntó Ondina ya como si hablara en tercera persona.

—Ofreceremos el canje de las vestales por los prisioneros Gelon —explicó Gregory.

—¿Y cómo se efectuará ese canje?

—Haremos saber al presidente Bennet que las vestales están prisioneras.

—¿Prisioneras, no las asesinasteis?

—Nada de eso, sólo quedaron narcotizadas. Ahora están todas juntas en una estancia.

—¿Vivas? —insistió Ondina.

Gregory Jull se rió.

—Tan vivas como tú y como yo.

Parecía que la conversación se desarrollaba exclusivamente entre ellos, pero Gregory Jull sabía que los gelon les entendían perfectamente, que hablar a Ondina era una forma de informarles a ellos, porque captaban sus mentes.

—¿Y aceptarán el canje?

—Seguro.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Las vestales son muy importantes para nosotros los terrícolas. Si el presidente Bennet no acepta en principio el canje de las vestales, entre las cuales estarás tú también...

—¿Quedaré libre? —se asombró Ondina.

—Sí, pero volverás a mí porque ya estás atada a mis pies y sólo conmigo encontrarás el placer, el lujo y el poder. Como te decía, si no hacen caso de la petición del canje, haré que toda la colonia terrícola en el sistema Kwong se entere de que las vestales están en manos de los alienígenas y que sólo quedarán libres con el cambio por los prisioneros. Eso levantará un clamor de protestas por lo que el presidente Bennet no sólo se verá obligado a ceder de inmediato si no que tendrá que dimitir de su cargo por haber expuesto a un peligro de muerte a las más bellas mujeres, tú entre ellas, la más hermosa de todas.

—Yo ya no soy una vestal.

—Nadie se va a enterar por ahora.

—Ya no soy virgen.

—Gracias a mí —se rió Gregory, satisfecho. Ondina hubiera deseado insultarlo, pero el extraño poder que se había infiltrado en su mente en aquel momento se lo impidió y sí la obligó a preguntar, utilizándola constantemente como a una simple médium.

—Pero las vestales, ¿dónde están?

—En mi cosmonave *Grant-Rich,* a millones de kilómetros de aquí, millones de kilómetros que hemos recorrido gracias al artefacto de transmutación de los cuerpos en energía teledinámica. Después, esta energía teledinámica se transmuta de nuevo en nuestros cuerpos.

—¿Enviarás a las vestales a esta cosmonave de los Gelon?

—No creo que haga falta. Cuando se informe al presidente Bennet de que debe realizarse el canje de los prisioneros gelon que permanecen bajo los hielos carbónicos de la luna K-3, pediré que se utilice mi cosmonave *Grant-Rich* como mediadora. Traerán a los prisioneros a mi cosmonave y allí, supuestamente, se recibirá a las vestales. Los gelon podrán escapar transmutados en energía teledinámica y llegarán a esta nave sin problemas, mientras que las vestales no habrán tenido que moverse de la *Gran-Rich;* pero ese punto lo desconocerán el presidente Bennet, los milicianos y ese hijo de perra del comandante Zel.

—¿Y no tienes miedo de que hable alguien?

—¿Alguien?

—Una de nosotras.

—Bah, ninguna recordará nada. Ni siquiera tú recordarás que has sido amada por mí, por eso podrás dejar el Ballet de las Vestales y regresar a mí como si fuera por tu propia voluntad, aunque no recuerdes nada. Será tu subconsciente quien te ordenará venir a mí.

—No es posible que no recuerde nada de lo que me has obligado a hacer...

—Esta vez sí había preguntado la propia Ondina, imponiéndose a la fuerza psíquica extraña, un espíritu distinto que había penetrado en su cerebro.

—Lo olvidarás, lo olvidarás. Esos seres saben muchas cosas. ¿Por qué crees que me he unido a ellos? Son los nuevos conquistadores y poseen muchas cosas que nosotros no tenemos. Ellos me van a facilitar unos cascos que os serán colocados a cada una de vosotras. Borrarán vuestras últimas vivencias y os grabarán otras distintas. Cuando seáis interrogadas diréis que fueron varias cosmonaves quienes os secuestraron y no yo, que en todo momento quedaré como un simple mediador.

—No es posible tanta maldad por tu parte.

—¿Maldad? Es mi revancha. Me han obligado a vivir aislado en mi palacio sideral al margen de todo porque me llevé las riquezas de algunos estúpidos que estaban en las lunas de Júpiter. Menos mal que con el pago de muchos brillantes pude sobornar a irnos cuantos personajes clave y salí absuelto por falta de pruebas.

—Siempre hay personas que se dejan sobornar.

—Eso es cierto, Ondina; pero, nos estamos desviando del tema. Nuestros pequeños asuntos personales no son los que interesan al emperador de los gelon. Ellos quieren saber si mi plan funciona y así es. Ahora, ellos prepararán su mensaje de invitación al canje.

—Pero ¿ellos pueden hablar?

—No, pero yo les ayudaré a preparar un mensaje gráfico que será totalmente inteligible para los nuestros. Por supuesto, no dejaré que se pueda descubrir mi colaboración en todo esto; sólo aparecerá mi cosmonave como lugar idóneo para el cambio y al presidente Bennet le parecerá lógico porque saben que viajo solo y mi cosmonave *Grant-Rich* está perfectamente acondicionada.

—Lo que no entiendo es que si son tan poderosos como tú dices,

se dejaran capturar.

—Un fallo de una de sus instalaciones. Hubo una electrocución y se quedaron momentáneamente sin energía, lo que aprovecharon los milicianos terrícolas para atacarles, pero ya no habrá más fallos.

—¿Qué es lo que quieren, en realidad?

—El planeta Kwong.

—Este planeta lo hemos convertido nosotros en habitable.

—Sí, pero ellos lo necesitan y a nosotros también, aunque este punto no me lo han dejado muy claro. No sé para qué nos quieren.

—Para esclavos, seguramente.

—Quizá, pero yo seré el rey de los esclavos, ya re lo dije. Espera...

Ondina le miró con fijeza, Gregory Jull acababa de cerrar los ojos.

—¿Qué pasa?

Gregory Jull mantuvo su silencio unos instantes; al fin, habló.

—Me acaban de comunicar que dejemos de charlar y que preparemos el mensaje que hay que enviar al presidente Bennet para que el canje se lleve a cabo.

—No lo hagas, prefiero morir.

—No seas estúpida, Ondina.

—¿Te das cuenta de que con tu traición vas a condenar a los millones de terrícolas que hay en el sistema Kwong?

—Bah, se lo merecen, todos son perros para mí.

—Es que, además, habrá una guerra violentísima, no se van a entregar fácilmente.

—Eso ya se lo advertí yo a los gelon, pero ellos están dispuestos a imponerse por la fuerza. Poseen armas muy superiores a las nuestras, terriblemente superiores. Si no han comenzado ya la invasión es porque tuvieron un fallo en su primera misión exploradora y no quieren perder a los suyos.

—¿Te vas a convertir en el peor de los traidores?

—No insistas, no vas a convencerme. Ah, mentalmente les he dicho que tú eres Ondina, una de las vestales, la mejor de todas; que por ti y por las otras, los prisioneros serán devueltos.

—Si pudiera matarme...

—No, no vas a morir. Eres muy bella y es lo que les he dicho a ellos. ¿Sabes qué me han respondido?

—No.

—Que tienen curiosidad por ver tu belleza, por saber cómo es la más bella de las hembras terrícolas.

—¡No! —casi gritó ella, dando un paso hacia atrás.

Gregory Jull, que esperaba su reacción, la retuvo sujetándola fuertemente por la muñeca. Con la otra mano le arrebató la gran capa.

Ondina miró a su alrededor y se sintió observada por aquellas decenas de ojos elípticos en vertical que le parecían monstruosos.

—No, te lo suplico —gimió.

—Ellos quieren verte y son los conquistadores. No te preocupes, luego no recordarás nada, absolutamente nada.

CAPITULO XII

—¡No, noo, nooo!

La voz brotaba de la garganta de Aurea Xeixa y era un grito de súplica y vergüenza.

—Tranquilízate, tranquilízate, no eres tú.

Robert Zel tuvo que sacudirla, abofetearla incluso, para que ella abriera sus ojos y mirara hacia las estrellas. Luego, vio a Zel, reconociéndole de inmediato.

—¡Robert!

Se incorporó en la litera con brusquedad y se abrazó a él sin reservas, buscando su protección, su calor, su energía, todo aquello que poco antes había rechazado por recelo, por arrogancia, por altivez, por un feminismo mal entendido.

—No eras tú, Aurea, no eras tú.

—Es que acababan de desnudarme ante aquellos monstruos... —balbuceó.

—Tú no eras la desnuda si no Ondina.

Aurea se separó un poco de Robert para mirarle directamente a los ojos a la luz de las estrellas y de las lunas del sistema Kwong.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque todo lo que ha ocurrido lo has dicho de viva voz, de tu propia boca he podido oírlo todo.

—¿No habrá sido una pesadilla?

—No, no es una pesadilla, todo encaja. Tú te has concentrado y has conseguido que tu mente llegara hasta el cerebro de Ondina. En ocasiones, su propia mente era más fuerte que la tuya y, en cambio, otras veces, tú te imponías a ella haciendo preguntas. Gracias a esas preguntas que has hecho desde la mente de Ondina en la que has conseguido meterte, he podido enterarme de todo.

—No sabía que pudiera hacer un viaje astral.

—Como doctora en parapsicología, sabrás mejor que yo que todos los seres humanos tenemos ese poder, más o menos latente. Tú te has concentrado en una situación desesperada y lo has conseguido. Ahora sabemos cuáles son sus planes antes de que nos los comuniquen ellos imponiéndonos el canje.

—Gregory Jull es un traidor.

—Eso ya ha quedado bien claro y tenemos que actuar

rápidamente.

—Pero ¿y Ondina?

—La salvaremos. No es ninguna ingenua, es cierto, pero ha sido la víctima de Gregory Jull y debe ser salvada.

—¿Cómo?

—Ya lo verás, no hay tiempo que perder. Gracias a tu poder telepático o a ese viaje astral que has hecho introduciéndote en la mente de Ondina, hemos podido conocer todos sus planes. Ahora hay que actuar cogiéndolos por sorpresa.

—No lo conseguiremos, son muy poderosos.

—Ya lo veremos. Anda, vámonos.

Regresaron a la sala de mandos donde estaban reunidos los demás, ignorantes de lo ocurrido.

—¡Francesc!

—Sí.

—Te vas a ocupar de la cosmonave. Realizarás una maniobra de aproximación.

—¿Aproximación, hasta qué distancia?

—La máxima.

—¿La máxima? ¿Hasta rozarla?

—Casi. No provoques una colisión, pero ve ciñendo el cerco hasta que se sientan abordados.

—¿Vamos a realizar un abordaje?

—Sí.

—¡Magnífico! —explicó Vittorio—. Será muy divertido.

—No creas.

Valery, con su tono siempre afectadísimo, advirtió:

—A mí me parece muy peligroso.

—Pues tú también vas a venir.

—¿Cómo? —exclamó.

—Sí, vas a ponerte el traje espacial ahora mismo.

—Me niego, me niego en redondo —protestó Valery.

—Mira, Valery, escúchame —le dijo, enfrentándose a él y dando dos pasos hasta imponerle su superioridad física—. Vas a ponerte el traje porque si no lo haces saldrás lo mismo por la puerta para saltar al espacio y lo harás de la patada que te voy a dar en tu hermoso trasero, te guste o no.

—¡Uuuuyyy, qué miedo! —exclamó—. ¡Y lo dice en serio!

—Vittorio, tú también vendrás, quiero que Valery haga el payaso.

—¿El payaso?

—Sí.

—Eso es un insulto para mi libertad personal. No quiero ser un payaso, no y no, me niego —dio una patada en el suelo, reafirmando así su negativa.

Robert Zel, sin hacerle caso, le dijo a Vittorio:

—Lo empujarás hacia los ventanales de la cabina de mando de la *Grant-Rich,* todo ha de hacerse aprisa. Tú, Valery, con una pistola en la mano, comenzarás a golpear los cristales. Dentro de la cosmonave está Sorrient, que es el esclavo de Gregory Jull, has de llamar su atención. Le insultas o le sonríes, haz lo que quieras, pero debes distraerle.

—Bueno, eso es otra cosa —aceptó Valery, viendo que no tenía escapatoria. Total, se trataba de distraer a un imbécil, nada más—. Pensé que tendría que disparar mi pistola y, la verdad, eso me da pánico.

—Vittorio, ayúdale a meterse en el traje espacial y que lleve una pistola en la mano; de lo contrario, Sorrient no se lo tomará en serio.

—De acuerdo.

—¿Cuál es tu plan? —inquirió Francesc.

—No tengo tiempo de explicarlo, tenemos pocos minutos para actuar. Si no llegamos a tiempo, mi plan no servirá de nada.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Aurea Xeixa.

—Vendrás conmigo.

—¿A la cosmonave *Grant-Rich*?

—Sí, necesito ayuda, he de llevar varias cosas.

—¿Qué cosas?

—Trajes espaciales.

—¿Para traer a las vestales?

—No, a ellas las recogeremos en un cosmobús, si tenemos suerte.

—¿Y si no la tenemos?

—Cada acción entraña un riesgo. En esta acción, nos jugamos mucho y, por tanto, los riesgos también son muchos.

—Los correremos juntos. Dime lo que tengo que hacer.

CAPITULO XIII

Sorrient se puso muy nervioso ante la proximidad cada vez mayor de la cosmonave *Gatzara-73* a la *Grant*-Rich.

No tenía forma de avisar a su amo Gregory Jull, pues sabía que cuando se encerraba tras aquella puerta de color cobrizo tras la cual desapareciera acompañado de Ondina, no se le podía molestar.

—Aquí la *Grant-Rich* llamando a la *Gatzara-73.* Largaros o dispararé los sistemas defensivos —advirtió, no muy convencido de llevar a cabo lo que amenazaba. La voz de Francesc le replicó:

—Si empleas los sistemas defensivos, te destruiremos. Poseemos cañones de gran potencia y permiso especial del presidente Bennet para actuar donde lo creamos oportuno.

—Os creéis los amos del espacio, pero aquí no podéis entrar sin permiso de Gregory Jull.

—Pues dile que se ponga de inmediato, hablaremos

con él.

—No está disponible en este momento.

—Que se ponga, vamos a enviar a un hombre para que revise vuestra cosmonave.

—¿Un hombre? No le dejaremos entrar.

—Será mejor que no le cortes el paso. Mira tu televideófono.

Sorrient miró la pequeña pantalla de telecomunicaciones y pudo ver la placa que el mismísimo presidente Bennet había entregado a Robert Zel.

Aquella placa identificativa le daba derecho a intervenir en todas partes en su misión especial de alta seguridad.

Las largas mandíbulas de Sorrient semejaron fruncirse, su tez de color grisáceo semejó palidecer.

—Yo no sé nada.

—¿Ah, no, quién, tu amo? —le preguntó Francesc que, hablando, daba tiempo a los demás para que actuasen.

—Cuando venga Gregory Jull, se la muestras y que él decida.

—¿Y dónde está, en el retrete?

—Estúpidos, esto lo pagaréis muy caro —gruñó Sorrient.

Mientras, por una compuerta de la cosmonave *Gatzara-73* aparecieron dos seres vestidos con sus trajes espaciales.

Uno de ellos era Vittorio y el otro, con un traje rojo, era Valery,

que se dejaba llevar de una mano por Vittorio. En la otra llevaba una ostentosa pistola. Ambos se movían gracias al automonocohete.

Vittorio guio a Valery frente a las ventanas panorámicas de la sala de mandos de la cosmonave *Grant-Rich.*

Valery, ya suelto, pues Vittorio se hizo a un lado, permaneciendo oculto, pero pegado a la cosmonave, se acercó a los cristales y cuando llegó a ellos, Sorrient le descubrió de inmediato.

—¿Qué haces ahí afuera, estúpido? —gruñó Sorrient desde el interior de la *Grant-Rich.*

—¡Hola, guapo! ¡Uy, qué feo eres…! —exclamó a través del emisor.

Su voz llegó claramente hasta Sorrient, que parpadeó al ver la cara de Valery pese al yelmo que le protegía.

—Pero ¿qué demonios significa esto, quién eres tú?

—¿Yo? Me llamo Valery.

Mientras Valery entretenía a Sorrient, por la parte superior de la cosmonave *Gatzara-73* brotaron dos terrícolas más, vestidos con sus respectivos trajes espaciales.

Uno de ellos iba cargado con dos bultos grandes y el otro, portaba dos fusiles polivalentes.

El salto de una cosmonave a otra era pequeño, ya que Francesc había aproximado al máximo la *Gatzara-73* a la *Grant-Rich,* deteniéndose junto a ella y manteniendo su misma velocidad.

Sorrient no sabía qué hacer; él no podía cambiar el rumbo que estaba programado por el propio Gregory Jull, que ni siquiera había sospechado que pudiera enfrentarse a una situación semejante a la que estaba ocurriendo en su ausencia.

Robert Zel conocía el sistema de funcionamiento básico de la cosmonave *Grant-Rich,* aunque, como era lógico, desconociera toda la distribución interior, efectuada en secreto bajo la dirección del propio Gregory Jull.

Llegaron frente a una puerta de emergencia. Junto a ella había una pequeña tapa que cubría los mandos de apertura.

Robert Zel, pese a lo cargado que iba, con un finísimo láser logró cortar la puertecita. Seccionó el resorte y quedó al descubierto el botón verde que Zel pulso sin vacilar.

En la sala de mandos se encendió un piloto de advertencia de que una puerta había sido abierta, pero Sorrient estaba distraído con

Valery, que le mostraba la pistola, advirtiéndole que dispararía.

—¡Si disparas contra el cristal volaremos todos, yo y tú también, todos, todos! —gritaba Sorrient fuera de sí, como hablando ante un desequilibrado, pues, al parecer, Valery no atendía a razones.

Mientras, Robert y Aurea se introducían en la cosmonave *Grant-Rich.*

Cerraron la puerta, pasaron a la cámara de despresurización y se internaron en la cosmonave.

—Hay que llegar a tiempo —repetía Robert Zel, buscando la sala de mandos. Al fin, la encontró, sorprendiendo a Sorrient por la espalda.

—Quieto, si no quieres que te mate.

Sorrient se revolvió furioso, mostrando sus colmillos.

—He caído en una trampa, ¿verdad?

—Quieto, si no quieres que te mate —repitió Robert Zel, que seguía vestido con su traje espacial.

—¿Qué hago ahora? —preguntó Valery desde el exterior.

—Sorrient —ordenó Zel—, tiéndete en el suelo boca abajo con las manos a la espalda. Si haces una tontería, te desintegro.

—Esto es un allanamiento de morada. Estamos en el espacio de nadie, aquí no tienes jurisdicción.

—¡Al suelo! —rugió Zel, haciendo un disparo contra unos paneles, que saltaron dando chispazos.

Sorrient, que temía más a la reacción posterior de Gregory Jull que a lo que pudiera hacerle el propio Zel, se tendió en el suelo.

Zel le colocó unas manecillas electrónicas, dejando sus manos unidas.

—Ahora ya puedes levantarte.

—Mi amo, Gregory Jull, hará una acusación al Gobierno confederal.

—Haced todas las acusaciones que queráis, pero ahora condúceme a la cámara de transmutación de teledinámica.

—¿A la qué…?

—No me digas que no lo sabes.

—¿El qué?

—¡Por todos los meteoros, Gregory Jull no te lo ha dicho ni a ti! En fin, llévame a la sala donde está encerrado.

—¿Y si no te llevo?

—Te mato y la encuentro lo mismo.

—No serás capaz de matarme a sangre fría —desafió Sorrient.

—¿Ah, no? Sé que las vestales están aquí narcotizadas. ¡Vamos, estúpido!

Sorrient, desconcertado, vencido, les llevó frente a la puerta de color cobrizo y dijo:

—Está ahí dentro.

—¡Abre!

—No puedo, está cerrada desde el otro lado.

—Entonces, abriremos por las malas —gruñó Zel.

Apuntó con su fusil polivalente haciendo salir un dardo láser poderosamente fundente y comenzó a cortar la pared junto a la puerta, practicando un agujero por el que pasaron al otro lado.

—Ya estamos. Hemos llegado a tiempo, no han regresado aún.

Aurea había arrastrado los dos fardos cuando, tras el cilindro verde, comenzaron a transmutarse dos cuerpos humanos terrícolas.

Uno era el de Gregory Jull y el otro, el de Ondina, vestida con la capa y el bikini de rutilantes gemas.

Al levantarse el cilindro de cristal, Gregory Jull quedó desconcertado al descubrir que frente a él estaba Sorrient con las manos esposadas a la espalda, Aurea Xeixa, a la que no conocía, y al…

—¡Comandante Zel! —exclamó.

—Sé de dónde vienes, Gregory Jull, y ahora harás lo que te mande o te mato.

—Sorrient, ¿cómo has podido dejarle entrar?.—gritó, furioso.

—Son varios, han entrado por distintas puertas. Usted no estaba, mi amo. ¿Cómo podía avisarle?

—Comandante Zel, me quejaré.

—Sí, ya lo sé, pero ahora tienes que vestirte con el traje espacial que te he traído y tú también, Sorrient.

—¿Yo?

—Sí.

—Tengo las manos esposadas.

—No te preocupes, ahora te soltaré y tú, Ondina, apártate de ahí.

A Ondina le faltó tiempo para saltar de la base circular, mientras Gregory Jull preguntaba:

—¿Qué te propones, comandante Zel?

—Que les des un mensaje a los gelon.

—¿Gelon? No sé de qué me hablas.

—No te hagas el imbécil. Ahora mismo te vas a ir y les comunicarás que les soltaremos a sus congéneres y que será mejor que se vayan a otra parte.

—Bueno, no hay que ponerse así. Después de todo, lo que ellos quieren es liberar a los prisioneros.

—¡Miente, miente! —gritó Ondina—. Quieren esclavizarnos a todos.

—No le hagáis caso, es una histérica —masculló Gregory Jull.

— Vamos, ponte el traje espacial —le ordenó Robert.

— ¿Por qué? Si el traje no hace falta —respondió Gregory Jull.

—Te hará falta luego, cuando hagamos la entrega de los prisioneros a la cosmonave alienígena.

—Podemos utilizar mi cosmonave para el cambio.

—Se hará como yo diga.

—Está bien, está bien. No temas, Sorrient, todo irá bien, ellos sólo quieren a sus prisioneros.

—¡Mienten! —insistió Ondina.

Aurea la abrazó, pidiéndole:

—Calma, calma. Sé lo que has sufrido, algún día to contaré.

Cuando se hubieron vestido con los trajes espaciales tras los cuales iban las abultadas mochilas en las que se suponía estaba comprimido el aire y que incluían las baterías energéticas, se situaron en el círculo.

—¿Cuál es el mando? —preguntó Robert Zel.

—Ya está programado, pero mueve la palanca grande.

Robert Zel movió la palanca y el cilindro de cristal verde volvió a descender ocupando las figuras de Sorrient y Gregory Jull, vestidos ambos con trajes espaciales. Su transmutación comenzó, hasta que se convirtieron en energía teledinámica.

—Dentro de muy poco habrá terminado todo —suspiró Robert Zel.

—¿Terminado? —preguntó Aurea, inquisitiva, mientras Ondina también clavaba sus pupilas en el hombre.

—Sí, terminado. Las mochilas de los trajes espaciales van repletas de explosivos termonucleares. Estallarán dentro de cinco minutos, es decir, cuando estén dentro de la cosmonave alienígena.

Será el fin de la pesadilla.

—¿Morirán todos? —insistió Ondina.

—Si se desintegra la cosmonave, ¿tú qué crees?

Pocos minutos más tarde, Francesc comunicaba:

—He detectado una gran luminosidad muy lejana, como una pequeña estrella errante, sólo ha durado un instante.

—Suficiente —aprobó Robert Zel—. Ha sido el fin de los alienígenas.

EPILOGO

El Ballet de las Vestales había vuelto a presentarse bajo los focos, dirigido por Valery. Ondina danzaba con ellas, ella había roto la tradición, ya había una joven no virgen entre las danzarinas.

En un lugar de preferencia, contemplando el espectáculo, estaban Aurea Xeixa y Robert Zel.

—¡Qué bien bailan! ¿Verdad? —exclamó Aurea.

—Estoy seguro de que tú me puedes ofrecer una sesión en privado más sensual aún.

—Si lo deseas —musitó Aurea, ofreciéndose de buen grado.

En aquel momento se acercó Valery a su mesa.

—Son magníficas mis niñas, ¿verdad? Oye, Robert, ¿es cierto que los prisioneros alienígenas murieron resecados?

Sí —asintió Zel—. Debieron captar que su emperador y todos los que viajaban en su cosmonave murieron y perdieron su interés por vivir. Se deshidrataron y están como muestras en el museo del planeta Tierra, metidos en formol.

—¡Ag, qué asco! ¿Verdad que yo las dirijo mejor que Enrico Paolo? Es que aquel tipo era un mariquita, un mariquita... Bueno, no hablo mal de él porque se murió, pobre chico.

FIN